

B. CHAMPSAUR Y SICILIA

MI MUERTA

Tip. de Suc. de M. Curbelo
San Agustín, 47.—Laguna

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
BIBLIOTECA

A

VII-26

MI MUERTA

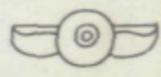
86-3 (46.851)

FCA
SAL

860-3 Champsaur y Sicilia, Baltasar / 7
B. CHAMPSAUR y SICILIA

MI MUERTA

Baltasar Champsaur Sicilia



TENERIFE

Imprenta de Suc. de M. Curbelo
SAN AGUSTÍN 47.—LAGUNA

1914

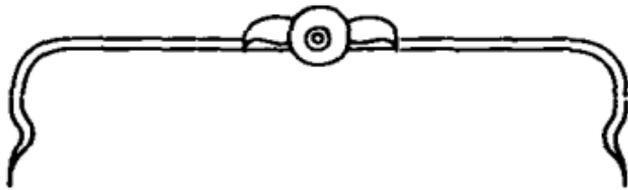


6605022265

B. CHAMBERS

MI MUEJTA

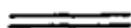
*Para ti, que tanto
amaste y sufriste en
el corto camino de tu
vida, es esta ofrenda.
¡Ojalá pudiera yo con
ella hacerte inmortal!*



I

SON los recuerdos como una mano tibia que, por encima del tiempo, viene á posarse sobre *nuestra frente fatigada*; son el soplo vivo que llega hasta nosotros de las cosas muertas; son la canción lejana de todo cuanto enmudeció eternamente; son lo más puro de cuanto había en la esencia de las cosas desvanecidas; son idea, luz, espíritu, libres ya del contacto de los hombres que todo lo impurifican y profanan; son, en fin, los *genios invisibles* que me devuelven viva á mi añorada muerta.

Ya me fatiga y me duele la realidad presente. Dejarme ver de nuevo aquel brillar radiante de sus ojos, la esbeltez y la gracia de su cuerpo, la delicadeza de su mano blanca, su pie diminuto, su rostro pálido y hasta aquella dolorosa agonía que en tan corto camino la llevó á la muerte. Los años á los años se han sucedido en un interminable sueño en el que he estado como ausente de mí mismo. ¡Oh qué sed tengo ahora de aquel amor tan profundo y de aquella juventud tan dolorida!





II

E^N mis horas de soledad y de silencio, que son las horas mías de vida y de inmortalidad, me he asomado al abismo de las cosas, y se ha apoderado de mí un descorazonamiento más angustioso que la muerte. No me basta un universo infinito, pesado y fatigoso, repitiendo sin cesar las mismas formas al soplo fatal de unas mismas leyes, frías y monótonas, que me llenan de tedio el alma como el trato de los hombres. No me basta un Dios omnisciente y todopoderoso que crea el juguete de los mundos sin esfuerzo,

ni temores, ni dudas, ni esperanza, sólo por que no puede pensar sin crear, como un mecanismo solitario que ni él mismo sabe quizás por qué existe y para qué existe. No me basta la verdad ni el espíritu de verdad, en cuyo seno se desvanece todo como sombras mezquinas de realidades más mezquinas aún, porque es vana la verdad y engañoso el atractivo de toda verdad. No me basta el falso esplendor de una belleza que sólo es belleza para el hombre, porque toda forma es una fatalidad y toda fatalidad es negación de un designio de belleza. Y me falta aire, y una congoja mortal se apodera de mí, y creo desvanecerme en el inmenso vacío de todo.

Pero entonces, del fondo de ese desierto, y de esa noche, y de esa angustia, surges tú, amor, que lo llenas y lo iluminas todo, porque eres más infinito que lo infinito, más esperanza que toda esperanza, más intimidad que toda intimidad, más fin que todo fin. Vuelvo á la vida. Me late el corazón gozoso. Tú

has creado á Dios, y el universo, y la verdad, y la belleza. Sólo por ti deseo yo la inmortalidad: Inmortal por ti, no por mí.

¿Que tienes tú que estás por encima de todo lo humano? Ni el deseo, ni la piedad, ni el dolor, ni la alegría, te han engendrado tal como yo te sentí y te siento aún dentro de mí. ¿Que tienes tú que estás hasta por encima de lo divino? Ni el éxtasis, ni la beatitud, ni la perfección, ni la sed de divinidad te han engendrado como yo te sentí y aun te siento dentro de mí. ¿Que tienes tú que pones en unos ojos algo que es más profundo que toda profundidad, más luz que toda la luz creada, y en el labio juvenil una sonrisa que es como el despertar de los mundos en una infinita aurora?

En mis horas de silencio y de soledad me acuerdo siempre de tí, y pienso en tu irremediable y dolorosa agonía, en aquella agonía que puso en tus ojos el pesar, en tus mejillas, la palidez y en tu corazón la desesperanza. Y, aunque te desvaneciste

para siempre, fué tan intensa la luz que irradiaste, que el vacío del mundo se llena de ti, y se ilumina, y adquiere un sentido de verdad y de belleza que me lo hace amar esperando en algo extramundano que no puede ser más que tú.





III

PORQUE fué muy cruel la lucha entre tu amor y tu juventud y la muerte. Yo no dormía pensando en la angustia de tu pensamiento. ¿Cómo pudiste resistir esa tortura? ¿Cómo estabas aún en pie mirando cara á cara tu vida ya en brazos de la muerte? Cuando te convenciste de tu fin irremediable, ¿que lágrimas debieron de correr por tus pálidas mejillas! Me daba angustia pensar en tu silenciosa desesperación. Te veía sonreír y tu sonrisa me daba miedo. En tu alma había una sombra que se hacía cada vez más densa y amenazadora.

«Yo no puedo morir, dirías en tus horas tristes y negras. Estoy llena de vida y de amor. Las amigas que vienen á verme sólo callan y se miran acongojadas delante de mí. Pero yo he oído sus risas frescas y alegres cuando no estaban conmigo. Pensaban en la ansiada fiesta próxima, en el color del nuevo vestido, en la flor que habían de prenderse en sus cabellos, en el collar para su garganta, en el zapatito airoso y menudo, en el delicado perfume de su pañuelo, en el abanico, en los guantes, y, dorándolo todo, en la esperanza de un amor desconocido, en una cita próxima, en una carta recibida, en una queja que dar... ¡Pero en morir!

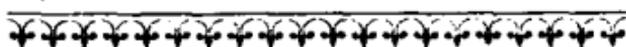
¡Dios mío! ¿Por qué yo sola no he de poder pensar más que en la muerte? ¿No soy joven como ellas? ¿No tengo mis hermosos vestidos, y mis joyas, y mis flores y mis perfumes? ¿Acaso no amo como mujer alguna ha podido amar en este mundo? ¿Por qué me han señalado, pues, á mí para torturar mi pensa-

miento con el espanto de morir? ¡Oh, tú á quien tanto amo, ya no hay para tu amada ni vestidos, ni flores, ni fiestas, ni joyas, ni perfumes! Todo me lo han arrebatado ya cruelmente. Hasta á mis amigas las veo ya muy lejos, muy lejos; y una sombra vaga borra los contornos de todas las cosas. Tú solo me quedas, amor, profundo como mis ansias de vida. ¿De vida? Pero si yo no puedo ya hablar de vida sino de muerte. Y ahí están el día, y el cielo, y el mar, envueltos en luz, convidando á vivir, y á amar, y á reir, y á eternizarse en la alegría. ¿Y todo lo he de perder tan pronto! ¡Que designio más siniestro! No quiero, no quiero morir. Señor Dios mio, librame de esta amargura. Es muy pesada esta agonía.»

Y lágrimas de fuego debieron quemar tus pálidas mejillas. ¡Oh qué martirio ese martirio tuyo! Sí, era una perversidad, un designio siniestro retorcer tu juventud hasta aniquilarla y envolver en las sombras tu amor hasta extinguirlo en

las tinieblas de la muerte. Y nadie clamaba por ti. Te dejaban sola, completamente sola, en el seno infinito de los cielos estrellados, llenos de hermosura y de silencio. Y, al fin, caíste en los brazos del espectro *maldito de quien huías con terror*. Sobre tu amor y tu juventud se irguió vencedora la muerte. Todo calló después. Desapareciste.





IV

ESTABA en un gran templo gótico iluminado como un ascua. El altar mayor era todo luz hasta la altísima bóveda. Guirnaldas de flores adornaban las molduras de oro, *chispeantes de deslumbradores reflejos*. Un ángel de grandes alas tenía en sus manos una corona de laurel en actitud de ofrecerla. El órgano esparcía en las altas naves una *harmonía suave como el perfume de las violetas*. Una paz mística descendía de la altura y llenaba las almas de un dulce arrobamiento. El misterio inefable de lo sagrado reco-

gía el espíritu. La multitud era inmensa. Pero sólo ví mujeres, jóvenes y hermosas. Estaban de rodillas. Yo solo permanecía en pie. En el altar, el sacerdote, vestido de gran fiesta, se arrodillaba y se levantaba, inclinando con sagrado respeto la cabeza. No se oía ni una voz, ni un suspiro. Sólo el órgano seguía vertiendo oleadas de dulce armonía, plácida y triste á la vez como la luz que se retira en un crepúsculo. Ni siquiera pensé por qué me hallaba yo allí. Sólo puedo decir que aquella quietud y aquel recogimiento me sumían en dulce éxtasis.

Al fin, el sacerdote, lenta y solemnemente levantó los brazos teniendo entre sus manos la pálida hostia consagrada. Enmudeció el órgano y el silencio fué profundo é imponente. Cuando la hostia estuvo en lo alto, como un dios envuelto en misterios, el sacerdote, con unción mística, pronunció tu nombre, tu nombre que está dentro de mí como una lámpara siempre encendida. Me estremecí. Todas las cabezas de

aquel inmenso mar de mujeres jóvenes y hermosas se volvieron en el mismo instante hacia un punto de la nave central, no lejos de donde yo me hallaba. ¡Eras tú! Tú, más hermosa que nunca, vestida de blanco, con una toca de negro terciopelo sobre tus cabellos, puesta una mano sobre tu pecho y la otra abandonada junto á tu falda, de rodillas, y con tu hermosa cabeza ligeramente inclinada hacia adelante. Un espacio vacío se había formado á tu alrededor. No se sonrojaron tus mejillas. Te quedaste intensamente pálida, y se bajaron tus párpados, como dos anchos pétalos orlados de delicada sombra.

Fueron aquellos los instantes más sublimes que ha sentido mi alma. Parecías un lirio dulcemente inclinado ante un altar. Tu angustia te hizo abrir los párpados y me miraste suplicante, diciéndome con tu mirada:—«¡Oh! ven en mi auxilio. Yo desfallezco» Una inmensa congoja sentí anudarse en mi garganta. Hubiera dado mi vida por estar junto

á ti, por tomar aquella mano tuya abandonada y besarla como se besa á una santa. ¿Por qué estabas acongojada y dolorida? ¿Por qué tus ojos me pidieron amparo? Y yo no podía moverme en aquel apiñamiento que me estrechaba por todas partes. Y todas las miradas fijas en ti, y en alto la hostia consagrada y el silencio más profundo llenándolo todo. No hay palabra humana que revele aquella honda conmoción mía que agitaba en secreto mi alma. Pero yo te veía, y hubiera querido seguir viéndote así eternamente.

Al fin, descendió la hostia en las manos temblorosas del sacerdote, se cerró el círculo vacío que te aislaba entre todas, las cabezas se volvieron otra vez hacia el altar, y yo seguí inmóvil buscándote con ávidos ojos en el lugar sagrado donde apareciste. Al principio, distinguí aún tu hermosa cabeza; pero, muy pronto, una confusión extraña y una densa niebla que empezaba á envolver á la muchedumbre te hicieron del todo invisible. Tu imagen temblaba toda-

vía en mi retina, y tan intensamente que hasta hoy mismo te veo como entonces te vi. Pero tú ya no estás en parte alguna. Todos los templos están vacíos porque en ellos no te arrodillas tú.

Luego, sin darme cuenta, todas las naves quedaron vacías. Y momentos después ví con terror delante de mí un túmulo cubierto de paños negros con anchas franjas de oro, y encima un féretro blanco. Cuatro altos blandones, en grandes candelabros de plata, ardían chisporroteando, á su alrededor. Junto á la cabecera, entonaban un cántico quejumbroso tres sacerdotes con vestiduras negras galoneadas de oro. Salieron, luego, de la sombra, con paso silencioso y ligero, cinco jóvenes vestidas de blanco. Con las manos enlazadas, se acercaron al túmulo y allí se detuvieron. Alzaron las manos hacia el féretro y las volvieron á bajar. Entonces, la que estaba en el centro, alzando la cabeza, habló dulcemente así:

«Tus cabellos esparcidos—Por

tu blanca vestidura—No aroman ya tus sentidos—Ni tus ojos ¡ay! dormidos—Ven tu pálida hermosura.—Un mar, sin fondo, de amor—Llevaste dentro de ti—Te hundiste en él. ¡Oh dolor!—Y te anegaste ¡Señor!—Aparta esa hiel de mí.—Duerme inmóvil, dulce hermana,—Duerme en tu estrecho ataud.—Ya no hay para ti mañana—Ni citas de amor. Fué vana—Tu radiante juventud.

Calló, y enlazadas comenzaron á dar vueltas alrededor del túmulo, deslizándose silenciosas sobre el brillante mármol del pavimento como seres incorpóreos. Y mientras giraban lentas y silenciosas, el sacerdote pronunció tres veces tu nombre, como si te llamara para despertarte... Pero sólo yo desperté temblando de emoción.



V

Yo necesito que tu espíritu viva, para que me veas, para que me oigas, para que sufras y llores de amor por mí. Pero no quiero que tengas tu trono en ningún paraíso, ni que desde él sonrías con piedad por tu amor y por mi amor. Necesito que tu espíritu viva, pero ha de ser amándome como aquí me amabas, con sonrisas, lágrimas, éxtasis, insomnios y delirios. No quiero nada por encima de nuestro amor, ni paraísos, ni dioses, ni eternidades, ni mística piedad para los enamorados. El está más alto que

todo poder universal. El es quien se apiada amoroso del místico y del mártir. El es el fuerte y el misericordioso. El es el infinito y el eterno. Necesito que tu espíritu viva, pero quiero verte llorar calladamente en noches negras y crueles, verte beber las lágrimas amargas entre sollozos ahogados y contener con mano trémula los apresurados latidos de tu corazón.

Muchas noches hemos llorado así tú y yo. Y, al despertar, nos parecía haber descendido de una altísima cumbre donde se deja de ser mortal. Ese llanto fué para mí sagrado. Lo que él dice no cabe en ninguna palabra. Y lo que él dice es poco ante lo que él mismo no puede decir. Porque en el fondo de ese llanto hay un abismo insondable de cosas extramundanas. Al verte llorar no me estremecía yo solo: el mundo se estremecía también. Había en tu llanto de amor, dolor universal y universal regocijo. Se pensaba en cimas de esplendorosa luz y en abismos negros donde no puede haber

salvación. Si volvieras á la vida y no lloraras, ya no serías tú; te habrían despojado de tu grandeza y de tu virtud sobrenatural.

Yo necesito que tu espíritu viva, porque tus sueños me angustian y me consumen. Los quiero apartar de mí y no quiero que me abandonen. Porque en ninguna parte te encuentro viva sino en mis sueños. Ni una duda sola me asalta en ellos de la realidad de tu vida. Jamás digo cuando soñando te veo: es un sueño, ya he soñado lo mismo otras veces, como suele suceder en muchos sueños. ¡Siempre la misma confianza en tu realidad! Pero también te veo muerta, con vestidos negros, ó huyendo de la muerte con terror. Y la alegría me inunda el alma, y la angustia me devora.

Yo necesito que tu espíritu viva, porque, despierto, no te hallo en ninguna parte, ni puedo huir de la realidad de tu muerte. Si hay un momento en que creo volverte á ver, es un relámpago no más. El desierto se extiende siempre delante de mí.

¡Fué! Es todo cuanto puedo decir. Esto hizo, allí estaba, sonrió, lloró... ¿Comprendes este tormento? Surge tu forma ante mí en horas de éxtasis silenciosos, extendiendo los brazos y ¡ay! no eres tú, no estás viva, es una vana alucinación de mis sentidos, es un engaño, una mentira, por muy dulce que me sea verte aún así. Si tu espíritu viviera no te desvanecerías, ni serías engaño ni mentira, sino tu vida y tu realidad. Te sentiría como te sentía cuando estaba á tu lado estremecido de emoción. Despierto, ni te veo ni te siento así. Sólo en sueños, momentos vives y momentos no. Soñando y despierto, siempre la misma angustia.

Por eso yo necesito que tu espíritu viva, para que me veas y verte, para que me oigas y oírte, para que me ames y amarte, para que sufras y me hagas sufrir, para que llores y me hagas llorar, para que estemos juntos eternamente.

VI

¿DÓNDE estoy? ¿Qué pueblo es este? Parece una aldea suiza. Ha surgido de la sombra calladamente como surgen en sueños los fantasmas. Tal vez estoy viajando por los pintorescos valles de los Alpes. Los contornos se precisan, las formas se llenan de luz y el relieve de la realidad se impone. Me hallo en una plaza espaciosa, con lindas casas á su alrededor, de altas y afiladas techumbres. En una de ellas, frente á mí, veo una doble escalinata adosada á la pared, en cuya meseta está el portal cerrado. Todo es

risueño y tranquilo en este rincón de pueblo perdido en la montaña. Es el atardecer. La luz tiene algo de inmóvil y frío que produce un extraño malestar. Veo bien la escalinata, pero todo lo demás es vago, indeciso, como algo que va pronto á ser lo que no es. No oigo rumor alguno. Y ese silencio me produce la inquietud del que espera algo que no espera.

De pronto, entra en la plaza un enjambre de graciosas jóvenes con lindos trajes de colores vivos y blancas tocas sobre los negros cabellos. Forman una fila, se acercan á la escalinata y la suben y la bajan sin detenerse, como una viva guirnalda de flores. Y siguen pasando airoosas y alegres, y como animadas en dulces coloquios. No pensé á donde podían ir todas aquellas lindas muchachas ni por qué razón subían y bajaban aquella doble escalera junto á un portal cerrado. Creo que todas las puertas y ventanas estaban también cerradas, pero es vago mi recuerdo. En la plaza habia, se-

guramente, grupos de personas que no me fué posible ver por parecerme que se hallaban á mi espalda en una penumbra que yo sentía y no pude explicarme. Poco á poco fué la luz debilitándose hasta adquirir el tono de un crepúsculo.

De pronto, me da un salto el corazón. ¡Ella sube también! ¡Oh, forma radiante y serena! Llega á lo alto de la meşeta, erguida noblemente, me mira, sonríe y desciende como una visión de amor. Entonces veo que todas se dirigen al gran pórtico iluminado de un templo y en él penetran y van desapareciendo unas tras otras. El crepúsculo deja caer, cada vez más densas, sus sombras tristes, y la dorada luz del templo se refleja en el exterior sobre el pavimento. Al verla llegar al elevado pórtico, doy unos pasos para juntarme   ella, ansioso de tenerla   mi lado. Entonces me mira serena, me dice que no con su blanca mano y penetra en el interior del templo.

Me detengo inmóvil, dolorido el corazón.  Por qué negarme esa dicha

cuando sabe que ninguna otra apaga mi sed de amor? Ya han entrado todas. Todo ha quedado en silencio. Ningún rumor viene de las altas naves del templo. ¿A qué han ido á él tantas jóvenes ricamente ataviadas? ¿No rezan? ¿Qué hacen? ¿Por qué está con ellas la que tanto amo? ¿Cómo ha venido aquí? ¿Está sola? ¿Habrá dejado para siempre su hogar lejano? Todas estas preguntas me asaltaron á la vez, y á ninguna de ellas pude contestar. Pero pronto desapareció mi inquietud y quedé sumido en una vaga inconsciencia. La noche había cerrado ya sus negras sombras. En mi retina quedaba sólo la vibración luminosa de la luz chispeando delante del gran pórtico. Y dentro de mí brillaba cada vez con más intensidad la lámpara de mi memoria colgada sobre la imagen de la que vieron mis ojos. Porque yo la había visto subir y descender la escalinata, mirarme y sonreír, y decirme que no con su mano blanca. Estaba viva, pues. ¿Entonces á que atormentarme con la idea punzante

y tenaz de su muerte? ¿Por qué no estoy siempre despierto cómo ahora estoy despierto?

Miro á mi alrededor. Ya no hay plaza, ni luz, ni templo. Todo se ha desvanecido en la sombra. Ahora me hallo en una playa arenosa, acariciada con mimoso rumor por la onda marina. Camino sin saber á donde voy. Una claridad tenue que irradia de la misma arena guía mis pasos. No sé que pena honda me oprime el corazón. De pronto, las suaves melodías de un órgano lejano me detienen. Miro á mi derecha. Dos altos ventanales góticos, inundados de luz, muestran á mis ojos maravillados refulgentes vidrios de colores. De allí brota el dulce raudal de armonía. Quedo en éxtasis un instante. Luego, una voz muy queda dice á mi lado:—«El sacerdote los ha unido ya para siempre. El esposo se lleva á la esposa.»

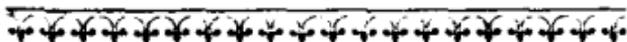
Siento un repentino impulso de correr, y corro hacia aquellos dos grandes ojos ardientes, corro delirante, sobre aquella arena blanda

donde se hunden mis pies. Al fin, piso terreno firme. Es un callejón oscuro y estrecho. Sigo mi veloz carrera por otros callejones torcidos y pedregosos. En uno de ellos tropiezo y caigo. ¡Qué fatiga para levantarme! Torno á correr jadeante. No sé si me acerco ó si me alejo. La angustia me ahoga. Al fin, oigo rumor de muchos pasos, de una gran muchedumbre que desfila. Dejo atrás la última calleja, y penetro en una ancha calle iluminada y llena de gente. ¿Qué pasa? Miro á lo largo delante de mí. ¡Ah! es un entierro. Cuatro hermosas jóvenes llevan sobre sus hombros un féretro blanco, que ondula dulcemente con el andar cadencioso. Detrás le siguen, con su toca blanca, las muchachas todas que subieron y bajaron la doble escalerilla de la desvanecida plaza. Pero ella no está en ninguna parte. Mis ojos la buscaron ansiosos inútilmente. ¡Oh! no puede haber angustia como la angustia que se apoderó entonces de mí. ¡Muerta!

A mi lado dijo una de las jóve-

nes con infantil curiosidad:—¿Es el viaje de novios? Y su compañera le contestó:—Sí, mujer. ¿No ves la corona blanca?





VII

Tú me lo contaste. Era preciso salir, dar largos paseos, respirar el aire libre del campo, alegrar los ojos con las montañas azules, las matas, los árboles, y sentir el olor acre de la tierra esponjada y el perfume vivificante de los sembrados. Y saliste acompañada de tu hermano. Te sentías ágil, según me decías, deseosa de seguir atajos, subir cuestas, apartar ramas, sacudir insectos y beber espumosa leche recién salida de la ubre sonrosada. Te sentías ágil y con paso ligero dejaste atrás las calles y las casas, las tiendas y el ruido fatigoso de los carros.

Húmeda todavía la tierra, se respiraba un aire puro y transparente, que bebían con delicia tus pulmones delicados, y un rayo de esperanza brilló en tus negros ojos. Sí, vivirías, vivirías, como vivían los pájaros que picoteaban en el camino á pocos pasos de ti. Y, ágil y ligera, seguías adelante, adelante, orgullosa de tu agilidad y de tu ligereza. El cielo de un azul límpido, dilataba el espacio hasta el infinito. ¡Qué bien se podía allí respirar! Si el pecho se oprimía en las ciudades, decías tú, es que hay poco aire dentro de las casas, y ese poco es pesado é impuro. ¿Cómo se puede estar enferma teniendo sobre sí un cielo tan azul, y, á un lado, las montañas y los árboles, y, al otro, el mar inmenso suavemente ondulado por la brisa?

Y seguías adelante animada, sonrosadas ya tus mejillas, firme tu paso y hermosa y esbelta siempre. Nunca habías visto panorama tan delicioso. Poco después cambió el paisaje. A tu derecha, junto al borde del camino, se levantaban altísimas

masas de basalto, con entalladuras y chapiteles, como inmensas catedrales alineadas á tu paso. Y, á la izquierda, abajo, rocas, espuma y mar. Delante, entre raquíticos y escasos matorrales, la ancha senda serpenteaba en grandes curvas siguiendo el contorno de la costa. En el horizonte, un rastro tendido de sombra que se desvanece á gran distancia de un punto negro casi imperceptible. Blancas gaviotas agitaban sus alas sobre el mar.

Ya hacia tiempo que andabas, andabas. Disminuyó, á pesar tuyo, la ligereza de tu paso, y te apoyaste con más fuerza en el brazo de tu hermano. El mal tuyo no dormía, no. En una revuelta del camino vieron tus ojos muy abiertos la negra boca de un túnel, al pie de un promontorio que caía á pico sobre el mar.— Volvamos, dijiste. No me gusta. Tengo miedo. Ah! sí, miedo de hundirte en aquella sombra, miedo de entrar y no poder salir, miedo de tener sobre ti tanta tierra, tanta tierra. Volviste la espalda al negro espectro y

apresuraste de nuevo el paso. Varias veces miraste hacia atrás. Estabas ansiosa de dejarlo muy lejos, muy lejos. Desapareció en la revuelta del camino, y, al fin, respiraste, libre ya de tu penosa pesadilla.

Entonces volvió á ser lento tu paso. ¡Qh, qué fatiga empezabas á sentir! Parecía que el espacio disminuía y se cerraba por todas partes. Faltaba aire. Y seguiste andando, andando, lentamente, pálida y sonrosada al mismo tiempo, sudorosa, con repentinos escalofríos, que recorrían como una onda helada tu delicado cuerpo. Se desvaneció tu esperanza y, con ella, el refulgente brillar de tus negros ojos. Tuviste ansias de llorar, muchas ansias de llorar. Pero hiciste un gran esfuerzo y las lágrimas no brotaron. Ya no deseabas más que llegar y dejarte caer rendida sobre tu blando lecho.

Tenías ahora el mar á la derecha. Pasaban los arbustos, las altas masas de basalto, las rocas oscuras, una y otra vuelta del camino, y tú cada vez más débil y fatigada, más

oprimido tu pecho y más desesperanzado tu corazón. De pronto, tus cansados ojos vieron, allá abajo, junto á la orilla, un gran trozo de tierra cerrada por paredes blancas, de entre las cuales surgían altas cruces de piedra, ángeles de mármol blanco, y, en cada ángulo un grupo de altos y oscuros cipreses. No pudiste resistir aquella siniestra visión. Diste unos pasos vacilantes y caíste en tierra desfallecida, sobre aquella tierra que muy pronto te había de recibir para siempre en su oscuro y húmedo seno.

Pocas semanas después, á penas, estabas rígida y pálida dentro de tu ataud, sobre el pecho inmóvil tus manos de cera y cerrados para siempre tus párpados sobre tus vidriados ojos. Y el dolor vive desde entonces dentro de mí.

VIII

DESDE que me dejaste, decía yo entonces, han desaparecido para mí los días de sol, los rumores de la vida, las visiones de la fantasía, el entusiasmo, los sueños, las sorpresas, todo cuanto fué en otro tiempo el encanto de mi espíritu. Como mariposas perseguidas huyeron para siempre. Miro á todos lados y no los encuentro. Es que tu imagen llena de tal modo mi alma que no hay en ella sitio para nada más.

¿Qué hago yo aquí, pues, envuelto en esta profunda lividez de las cosas? ¿Dónde volverme para encon-

trar un apoyo en este universo ya lleno de sombras? ¿Quién está realmente muerto, él ó yo? Es que hay una raíz, robusta como una encina, que me ata á la existencia: el pensamiento. Pensar es más que vivir; pensar es rehacer todo lo creado; es una resurrección eterna; es crear. *Todo se precipita y cae no sé en que abismo tenebroso; pero nada se pierde para mí que pienso. El poder que arrastra los mundos, como si fueran leves partículas de polvo, es impotente para apagar una sola chispa de mis ideas. Yo me abrazo á mi pensamiento como al madero el naufrago.*

Y desde tu morada invisible tú le hablas secretamente á él en las horas tristes, tú que dejaste desierta mi alma y tu casa vacía, como una desolación. Tú le hablas en los días de fatiga cuando el espíritu se siente desfallecer asediado por los instintos egoistas de los hombres y por su sed insaciable de poder y de riquezas. Tú le hablas á él en las horas de descontento por otras horas de in-

consciencia en que el espíritu está ausente. Tú le hablas de una esperanza secreta de inmortalidad, de esfuerzo y de amor. Tú le hablas de una realidad futura de ascensión sin término hacia toda excelsitud extramundana. Tú le hablas, en fin, de tantas cosas llenas de luz, que me alientas para continuar. Por eso vivo.

¡Ah, los hombres, los hombres! Para casi todos ellos el pensamiento es una gran fatiga. A penas conseguido un puesto en este miserable banquete de la vida, sonríen y estrechan las manos, como si ellos mismos se hubieran decretado el triunfo. ¿Cómo pueden dormir tranquilos? ¿Cómo pueden estar satisfechos? ¿Cómo no sienten el vacío dentro de sí mismos? ¿Cómo no adivinan que pasan como sombras por el mundo? El amor es para ellos una ridícula mueca juvenil. La meditación es para ellos una insania de la edad prolecta. Son infinitamente menos que sepulcros blanqueados, porque en cada tumba hay un secreto aterrador y ellos están vacíos.

Yo vivo porque me dejaste lleno de tu amor y porque soy meditabundo. Una pluma que cae del nido, una luciérnaga que brilla en la noche, una ola que se rompe en la playa, un canto lejano que se extingue, todo agita y eleva mi pensamiento por encima del vivir mezquino y estéril. Mi pensamiento me salva. Estoy redimido. Por eso vivo en esta profunda lividez de las cosas que, al partir, me dejaste.





IX

Tus sueños me asedian, me angustian, pero no puedo separarme de ellos. Te esperaba junto á tu puerta sin saber que ibas á salir. No sé que hora de la noche era. Tarde debía de ser. Desierta estaba la calle, la calle que tantas veces me vió pasar para oírte y admirarte. Apenas rompía un jirón de la sombra la débil luz de un mezquino fanal. Y mucho más lejos se veía otro casi imperceptible en la masa negra que lo envolvía todo. Alguna vez, una ráfaga violenta arrastraba con siniestro rumor como una hojarasca invisible en la calle silenciosa y ne-

gra. Puertas y ventanas, todo estaba ya cerrado. A lo lejos, oí el ruido de unos pasos que se alejaban. Sentía yo un malestar grande y una inquietud extraña. Acerqué el oído á tu puerta y estuve un instante escuchando. Ni pasos, ni el más leve rumor. Pero yo te aguardaba sin saber que ibas á salir. ¡Había pasado tanto tiempo sin verte! ¡Tenía tanta sed de tus ojos brillantes y profundos! Y tardabas, tardabas.

Al fin, sin oír tus pasos ni el ruido de tu puerta, apareciste acompañada de tu hermano, vestidos de luto tú y él. ¡Oh, lo que me ha hecho sufrir ese traje negro!—Vamos, me dijiste. Y los tres emprendimos la marcha como tres sombras, sin saber yo á donde íbamos ni para qué habías salido tú á aquella hora de tu casa. De vez en cuando, volvías atrás la cabeza sin decir nada, y apresurabas el paso. Yo te seguía inquieto y gozoso á la vez. Estar junto á ti era mi codicia. Por eso no pensé en el misterio que envolvía aquel extraño paseo nocturno.

Poco después me tomaste el brazo y dijiste con inquietos ojos:—¿No ves cómo me sigue siempre?—¿Quién? te pregunté yo volviendo la cabeza. No me respondiste, y seguimos caminando cada vez más de prisa. Yo no sé cómo podías andar de aquel modo, tú que perdías el aliento al subir unos cuantos peldaños de la escalera de tu casa. Acaso estabas ya curada de tu opresora dolencia. Sí, ya estabas curada, y aquel extraño paseo era como un regocijo para tu juventud devuelta á la vida. Ni el más pequeño signo de opresión ni de cansancio. El paso, firme, decidido y rápido.

Hundiste de nuevo tus ojos muy abiertos en la sombra que dejábamos atrás, y dijiste mucho más inquieta aún:—¡Oh, me alcanzará, verás cómo me alcanzará!—Sucñas, te dije yo. Nadie te persigue. Yo estoy á tu lado. Estréchate bien á mi.—Más á prisa, más á prisa, dijiste estrechándome el brazo convulsivamente. Y anduvimos más á prisa para complacerte. Yo te sentí temblar de miedo,

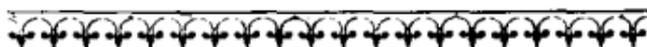
y miedo tuve yo también sin saber de qué. La calle no se terminaba nunca, y la noche se hacía cada vez más negra. El ruido de hojarasca se dejó oír un momento detrás de nosotros, acercándose siniestramente.

¿Ves, ves? dijiste.—No, no veo nada, te respondí yo. Es una ráfaga de viento que invade la calle completamente desierta. ¡Oh! calma tu ansiedad, ten confianza en mí, cese tu inquietud. Te va á rendir la fatiga, aunque hayas recuperado la salud y la fuerza, porque una marcha tan rápida no la resiste el cuerpo más vigoroso. Piensa en ti, en mí, en nuestro amor. Modera tu paso....

—¡Oh, quien pudiera volar! exclamaste con ansia profunda, revolviendo tus ojos en la sombra que se hundía á nuestra espalda.—Sí, volaremos. Yo sé cómo se vuela, te dije estrechándote el brazo. Y haciendo un leve esfuerzo, mis pies dejaron el suelo, poco á poco, hasta quedar suspendidos en el espacio. Y seguimos adelante en un vuelo suave, sereno, silencioso y rápido. Me mi-

raste y sonreiste. Aquella mirada y aquella sonrisa fueron para mí como un sol radiante en aquella noche oscura. Volviste de nuevo tus ojos á la sombra, y otra vez tembló tu brazo apretado al mío. De pronto, diste un grito, grito horrible, de infinito terror. Se me erizaron los cabellos y.... desperté.





X

ERA el segundo verano de tu opresora dolencia y el último de tu vida. ¡De tu vida, de tu vida, oh siniestra fatalidad! Cuando pienso que ya no pudiste volver á aquella playa deliciosa, acariciada por la brisa salobre y el dulce rumor de las aguas, se hace la noche en mi espíritu y me parece odiosa toda existencia. Y no volviste ya más. Y allí continúa la playa, y la espuma, y la luz, y las rocas, esperándote inútilmente. Yo la he vuelto á ver después de tantos años y suspiraban por ti el mar entre las peñas y sobre

el ondulado mar, el viento. Me dió miedo verme allí tan solo.

Estábamos al borde del acantilado. Tus amigas y tú teniais sobre el mar tendidas vuestras delgadas cañas. Mi amigo y yo, detrás, os contemplábamos sonriendo. A cada instante sacabais el anzuelo llenas de ansiedad. ¡Nada! Los plateados peces no se dejaban engañar por manos femeninas. Yo me burlaba un poco de tu talento de pescadora, y tú me hacías una linda mueca ofendida y enojada, y volvías á lanzar al agua el traidor anzuelo soñando con un gran pez aprisionado. Reían tus compañeras al escuchar las bromas de mi amigo. Las cañas subían y bajaban á cada instante y siempre..... ¡nada!

¡Pero qué luz, qué mar, qué cielo, qué horizonte, qué brisa tan fresca y deliciosa! Sobre las rocas húmedas se movían los oscuros cangrejos junto á flecos de algas rojas y azules. En los grandes charcos, los ágiles pececillos permanecían inmóviles agitando sus delicadas y trans-

parentes aletas, como dormitando. Algún crustáceo extendía sus rojas mordazas en busca de una presa. Y el agua, tendida como un cristal, amparaba todas aquellas diminutas vidas.

Al fin, una de tus amigas, entre agudos gritos, lanzó al aire un hermoso pez que coleaba en lo alto como si danzara de alegría. Cayó saltando sobre las rocas amarillentas y resbaladizas. Todos acudimos. Ninguna de vosotras se atrevió á sujetarlo para quitarle el anzuelo. Acercabais la mano, daba un salto el pececillo, y la retirabais asustadas y dando gritos. Yo me atreví á realizar tan tremenda operación, y, cogido por la cabeza, os lo mostraba, plateado y tembloroso como nácar vivo.—¡Qué lindísimo es! Yo quiero coger uno, dijiste desconsolada. Y todas corristeis á vuestras cañas decididas á vaciar de peces el inmenso mar.

Se me estremecía el corazón al contemplaros ansiosas y regocijadas. Ráfagas de alegría agitaban

nuestras almas juveniles. Rumores de besos y de risas parecían brotar de las inquietas aguas al chocar blandamente sobre las rocas. Vuestros cabellos brillantes, vuestros vestidos claros, vuestros lazos rojos, azules y esmeralda, eran como visiones de flores vivas sedientas de luz. Y tú, entre todas, te erguías graciosa y esbelta, espiritual é inmaculada, llenando el espacio de juventud y de amor.

La suerte voluble te rozó también con sus alas. Diste un grito agudo, y vimos todos en el aire un lindo pez nacarado agitándose febrilmente. Cayó sobre ti, y tú, asustada, lo alejaste de nuevo al espacio libre. Y nuestras risas corearon tu miedo irremediable. Dos y tres veces se acercó á tí, y, otras tantas, lo rechazaste dando gritos de ansiedad y de susto. De pronto, cayó desde lo alto al mar. Nos acercamos todos. El pez, aturdi-do, quedó flotando á merced de las ondas, y se alejaba bordeando el acantilado. Corrimos tras él lanzando al mar las cañas para cogerlo.

Pero él seguía, seguía su marcha agitando cada vez más su cola ágil y transparente. ¡Qué angustia la tuya! Corrías, tropezabas y volvías á correr, rojas las mejillas, pidiendo auxilio á la tierra y á los cielos. Al fin, mi amigo pudo alcanzarlo y te lo devolvió tembloroso entre sus manos. Tuviste para él una brillante mirada de agradecimiento. Y aquella mirada pura te hizo derramar después algunas lágrimas. ¿Te acuerdas? ¡Oh, la vida, la vida!

No quisisteis pescar más. Volvimos á la playa arenosa lamida por las aguas en grandes curvas de espuma. Corristeis como locas. Luego, una de tus amigas colocó el pez fugitivo sobre una peña solitaria. Enlazasteis vuestras manos y disteis vueltas y vueltas á su alrededor como un corro de jóvenes griegas que celebraran un himeneo. ¡Oh, cómo reísteis! Levantasteis de nuevo el vuelo y os desbandasteis como pájaros. ¿Te acuerdas, te acuerdas de aquella gran alegría de tu alma juvenil? Hubierais querido todas dar

vueltas sobre la arena como niños embriagados por el juego. Hubierais deseado tener alas para iros con las gaviotas y volar, volar sobre el inmenso mar azul. ¡Tan bien se respiraba, tan veloz corría la sangre por las venas, tan sabroso era aquel olor salobre de las playas! Corríais hacia las olas, huíais de ellas dando gritos, vuestros cabellos se agitaban al viento, cantabais, reíais. Aun se estremece dentro de mí vuestro desbordado regocijo.

De pronto, viniste á mí lenta y pensativa. Guardaste un instante silencio, y, luego, dijiste sin atreverte á mirarme:—Dime, ¿cómo empiezan los tísicos á estar tísicos?—¿Te has vuelto loca? te respondí. ¿Por qué me hablas de enfermos? Háblame de nuestro amor y de nuestra alegría.—Es que siento aquí, dijiste poniendo una mano sobre tu pecho, una opresión, una opresión que me hace mucho daño. Me falta el aire. A ti solo te lo digo.—Desecha esos temores. Los que enferman de ese modo son los que trabajan todo el

día y viven en casas infectas. Tú y yo estamos libres de ese mal.—Tal vez tengas razón, tal vez, tal vez, dijiste. Y volaste hacia tus compañeras, acongojada y pensativa. Yo creí ver una sombra siniestra seguir tus pasos ligeros.





XI

CUANDO estabas entre nosotros, la confianza de mi ventura apartaba alguna vez de ti mi pensamiento. Ahora que no estás, mi espíritu se une á tu espíritu en todos los instantes. Nunca te busqué con tantas ansias como ahora te busco. Estás infinitamente lejos, y ya no es posible sentirte más íntimamente dentro de mí. Huiste, quizás, para ser toda tú pensamiento mío, y ser todo yo pensamiento tuyo. Si eso es morir, la muerte da más que la vida: da la inmortalidad. Cuanto más me acerco á las cosas del mundo más

me alejo de ellas. Cuanto más me ha alejado de ti la dura realidad más cerca te tengo en el fondo de mi alma. Es imposible desatar lo que el primer amor ató en el comienzo de la vida. El amor y la muerte son inmortales.

Nunca he estado más lejos de muchos amigos como cuando estaba con ellos. Nunca he estado más cerca de ti como cuando me dejaste. La distancia, el tiempo, la eternidad funden mi espíritu en tu espíritu como una llama en otra llama. De los amigos huyo, cuando puedo, por que se acercan demasiado á mí. A tí me uno, por que mis ojos no pueden verte más. Cerca y lejos eres tú palabra de vida. La amistad en el mundo no suele ser más que una palabra hipócrita ó una fatiga para el espíritu. Tu amor y mi amor tienen la absoluta transparencia de la verdad.

Para verte y para hablarte busco las playas desiertas, la roca solitaria batida por la leve onda del mar tranquilo. Tú también estás junto á

otra playa por la que apresura el paso el pescador miedoso. Este mar inmenso nos une en el ondular eterno de sus aguas. Quizás esta onda, que ante mis ojos se agita, cantó también junto á tu orilla y viene ahora á traerme una huella del azul que circunda tu morada silenciosa. Tú y yo nos encontramos así mecidos en el rítmico é inacabable vaivén de las cosas universales. Nuestro diálogo se entabla desde alturas inasequibles á la malicia y al egoísmo de los hombres. Poseemos libremente la plenitud de las cosas puras. No hay un pensamiento nuestro que no participe de la luz que ilumina el fondo de toda realidad. Ninguna palabra vacía, como la de los amigos de quienes huyo.

¡Ah! si, desde la augusta soledad de este mar y de esta playa me es dulce evocar tu recuerdo. Tras ese horizonte, que invita á respirar libremente y á universalizar el pensamiento, veo yo acercarse hacia mí, como una vestal blanca, tu forma llena de luz para transformar la

muerte en eterna vida. Nunca hemos estado más cerca ni más unidos. El tiempo y la distancia se desvanecen para nosotros como esta leve onda marina que agita un instante las delicadas algas en los huecos de las rocas. Hasta la misma muerte se rinde ante esta inmortalidad de idea pura de que está lleno nuestro espíritu.

Yo te siento á mi lado, te siento dentro de mí, como un soplo tibio, como una luz increada. El rumor de las ondas es, quizás, rumor tuyo. El azul de ese cielo es, quizás, tu vestidura. Estoy envuelto por tí. Hasta estas algas purpúreas, de oro y de esmeralda, tienen tu gracia, tu delicadeza y tu frescura de flor recién abierta. ¿Pasa una nube sobre el fondo azulado y transparente? Es blanca y ligera como tú. Por eso vengo aquí á buscarte y á entablar mi diálogo con la esencia de tu espíritu inmortal. ¡Qué dulce me sería dormirme aquí para siempre, siempre envuelto por tí!



XII

Tu casa estaba vacía, la puerta abierta, el patio desierto. Las gentes volvían la cabeza como si hubiera ocurrido en ella una gran desgracia. Me miraban á mí también. Permanecí inmóvil con los ojos fijos en la soledad de aquellas ventanas en donde me aparecías como una visión de amor. ¡Oh, que angustioso esperar el mío! Soledad y silencio seguía siendo tu triste morada. Me pareció la faz de un muerto. Di algunos pasos hacia la puerta lleno de temor. Entré. El patio, vacío completamente. Habían desaparecido las

hermosas plantas que lo adornaban. Subí aquella escalera que tantas veces había subido para verte, con el pretexto de ir en busca de tu hermano. El corredor, vacío y desierto también. Mis pasos resonaban en toda la casa. Tuve miedo, miedo á una visión aterradora, miedo al contacto frío de un ser invisible. Presté oído en aquel silencio desolador. Un reposo de eternidad lo invadía todo. Los latidos de mi corazón se percibían apresurados y violentos. Yo no respiraba. De pronto, me pareció oír como un suspiro. Escuché. Nada. ¡Todo vacío y silencioso!

Y allí habías estado tú, siendo la luz y la alegría del hogar. ¿Por qué no estabas ni estaban los tuyos contigo? ¿Qué ráfaga siniestra os había arrebatado de aquella dulce morada que amparó tu niñez y tu juventud? Yo sentía circular por aquella desolación una sombra que me hacía estremecer. Me pareció que era el destino de las vidas humanas saboreando su triunfo. La soledad y el silencio ocultaban su mirada fría



y enigmática. Tuve miedo. De pronto, creí oír el leve rumor de tu vestido que con ningún otro rumor se puede confundir. Escuché lleno de ansiedad. Sólo me respondieron los latidos de mi corazón. Entonces me dirigí á la sala, hacia el extremo del corredor. Mis pasos resonaron cada vez más lúgubres. Entré. Las ventanas estaban abiertas. La luz que penetraba por ellas era dorada, como si reflejara el hermoso incendio de un sol poniente. Y vi en un ángulo el piano abierto, con un cuaderno de música en el atril, como si acabara de tocar un ser invisible, sorprendido por mi presencia. Separado de la pared se veía el sofá en completo abandono. Todo lo demás estaba vacío. Me asaltó la idea de un crimen, de algo pavoroso, en aquella soledad sombría.

¡Ah, qué risueño estaba todo antes allí! Tus lindas hermanas venían juguetonas á recibirme, y se miraban en los espejos dorados, y sobre la alfombra miraban los retratos, mostrándome el tuyo con maliciosa son-

risa. ¡Cuántas veces sentada al piano me embriagabas con dulces armonías! ¡Cuántas veces al compás de sus alegres notas enloquecimos con el ritmo de la danza! Tus mejillas se encendían, tu seno se agitaba, tus ojos se llenaban de luz, tu mano oprimía mi mano, tu pie se deslizaba como un ala, y bebíamos nuestro amor como dos sedientos inclinados sobre una fuente. ¡Oh, y ahora qué triste, silenciosa y desierta está esta estancia! Más tarde, detrás de los cristales de esas ventanas, te había visto yo, enferma ya, pálida, sin brillo tu mirada, saludándome con tu mano blanca. ¿Dónde estabas? ¿Por qué no venías? ¿Por qué callaba el rumor sagrado de tu vestido? Me dejé caer en el sofá lleno de angustia. Pero yo te esperaba. Vendrías irremediamente.

Me parecieron siglos los segundos. Y, al fin, apareciste sin producir rumor alguno. Apareciste en el marco de la puerta como una visión extramundana. Vestías de negro. Suelta llevabas la cabellera. La blan-

cura de tus manos y de tu rostro deslumbraba. Mis ojos bebían sedientos la luz de tu forma inmaculada. Eras tú, toda tú, diáfana y viva, como cuando estabas entre nosotros, erguida noblemente, de mirar maravilloso. Entraste, viniste á mí y te sentaste á mi lado, sonriendo con tu incomparable sonrisa dulce y triste. Te tomé la mano y me la abandonaste.

—¡Oh! ¿Por qué vistes de negro? te dije. Me hace daño verte así. Cuando el alma está alegre no debe haber sombras á su alrededor—Es para acostumbrarme, me respondiste. —¿Para acostumbrarte? No puedo entenderte.—Sí, porque negros son también mis cabellos y tú los amas. —¡Tus cabellos! ¡Qué sed he tenido yo siempre de tus cabellos!—¿Verdad que es hermosa esta madeja? dijiste dejándola caer hasta el suelo. Es para ti, para que la salves.—¿Para que la salves? ¿De qué?—Sí, yo también amo estos cabellos míos. Han sido la ilusión de mi juventud. Guárdalos, guárdalos. Que nadie los

vea ni los toque más que tú. Que no se desvanezca su acre y deleitoso perfume.

Y abandonaste entre mis manos temblorosas la undosa madeja, cortada ya sin saber cómo. La llevé á los labios y la besé en un beso de profundo delirio de amor. Su perfume fué como si tu espíritu hubiera inundado mi espíritu. Y surgieron en mí todas las visiones de nuestro corto y desventurado amor. Quedamos así en silencio y como en éxtasis no sé cuanto tiempo. ¡Oh qué embriaguéz la de aquellos instantes! Luego, al despertar, me pareció que ya no te sentía. Alcé á ti los ojos lleno de ansiedad y... ¡ya no estabas! Desapareciste como una alucinación que se desvanece. Desperté. Ni tú, ni tus cabellos. Sólo mis manos apretadas sobre mis labios trémulos.



XIII

ESTABA solo en lo alto de un monte. Llegué hasta la cumbre con ansias de paz y de quietud, con verdadera sed de cosas libres en la inmensidad libre, que dán al espíritu augusta serenidad. Una gran fatiga me causaba ya hablar y sonreír ante esas gentes que no saben más que hablar y sonreír. ¡Oh, esas largas horas de silencio, cómo las deseaba yo en el vocear estéril de las palabras vacías! Ni una sola alma que supiera callar y que permitiera que las otras almas callaran. Además de fatiga era un tedio mortal.

A solas, sentía la flaqueza ingrata de ser siempre amable, complaciente y culto, ideal de las frentes vacías y de los corazones muertos. Era preciso huir, renunciar á toda amabilidad y á toda complacencia, renunciar á la sonrisa y á la palabra cortés, ¡siempre cortés! para rehacer-nos en la soledad y en el silencio como poder libre, fuerte y severo que se indigna ante miradas sin luz y palabras insustanciales. ¡El silencio, el silencio!

Y ascendí lenta y penosamente por la abrupta falda del monte. Todo quedó abajo mudo y empequeñecido, las fábricas, los trenes, las grandes ciudades, los pueblos enteros. Sacudí el polvo de las cosas insignificantes con que el trato de los hombres impurifica nuestra vida interior, y llegué á la cima con el alma pura ante la majestad del espacio libre. A penas puesto en pie sobre una roca, un gran buitre sorprendido se levanta y se cierne majestuosamente delante de mí. Con sus negras alas tendidas asciende

sereno describiendo anchos círculos en la quietud de las alturas. Y otra vez me envuelve el silencio en la diafanidad del atardecer. Todo allí parece eterno é inmutable; parece creado para una mirada oculta que comprende el misterioso designio de las cosas universales. Mi pensamiento no podía hacer más que presentir lo que se estremecía en el fondo de los abismos negros. Y un sagrado terror se apoderó de mí.

En el seno de aquella gran serenidad todas las agitaciones humanas se desvanecieron, todos los nombres que forman multitud se borraron, y sólo quedó cerniéndose en las alturas el espíritu de los ungidos. La vida me pareció grande y buena sólo porque comprende y ama. Desde allí era lo único que ascendía como un perfume para unirse á la esencia universal. Mi pensamiento se desvanecía en la vaguedad de todo, y me creí flotar en el seno de aquella gran quietud y de aquel silencio.

Y entonces sentí tu espíritu pe-

netrar dentro de mí. No fué en tu *forma terrena ni como visión de un sueño*, sino tu misma sonrisa espiritualizada á la manera de una luz sobrenatural. Ante aquella plenitud de ti me pareció mezquino el universo todo. Allá abajo, entre las cosas mudas y empequeñecidas, veía yo una playa remota, y, junto á esa playa, tu hogar y tu ventana ahora vacíos. ¡Oh, cómo me duele el alma al pensar que te desvaneciste para siempre!

¿Qué es, pues, la vida? ¿Qué magia tiene para que la prefiramos á todo lo grande, recuerdos, espíritu y esencia de las cosas inmutables y eternas? ¿Qué hay en la forma que sin ella no encontramos más que sombras y vacío? ¿Qué misterio había en el brillo de tus ojos, en la luz de tu sonrisa, en el cristal de tus lágrimas, que yo no concibo sin ellos ni la vida ni el pensamiento? ¿Cómo es que sin ti esta quietud y esta serenidad de las alturas dan tedio y angustia? ¿Por qué, una vez perdida tu gracia, tu esbeltez y tu

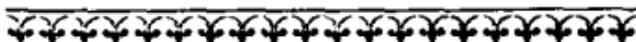
delicadeza, ya no puede haber nada gracioso, ni delicado, ni esbelto? ¿Por qué, una vez cegada la fuente de tu amor inagotable, me es imposible comprender ningún amor humano? ¿Qué había en el rumor de tus pasos, en el roce de tu vestido y en el perfume de tus cabellos que ya no hay para mí rumores ni perfumes en parte alguna? ¿Qué había en tu corazón y en tu pensamiento que mi alma no puede ya comprender que haya otras almas después de tu partida?

Y tú callas, y todo calla, y el dolor atenace a mi espíritu. Donde quiera que voy busco ansioso tu forma terrena, dulce y alegre como cuando corrías por la arenosa playa, y en ninguna parte estás, ni en la serena quietud ni en este gran silencio de las alturas. Por volver á ver el brillo de tus ojos y la sonrisa de tus labios y las lágrimas de tu dolor, aunque no fuera más que por un solo instante, pondría á tus pies mi vida en eterna tortura. Estoy solo en esta cima desierta. Ni el ala de un insec-

to se agita en el aire. Me rodea la quietud universal. Nadie sabrá tu secreto. Ven. Que yo vuelva á ver tu sonrisa, que vuelva á oír tu voz, que vuelva á sentir tu mano blanca...

Pero tú callas, y todo calla, y el dolor atenace mi espíritu. No puede ser. Es preciso que el círculo eterno de las fatalidades continúe su danza misteriosa. No volverás, no. Y descenderé de la altura con el alma dolorida, inquieto y desorientado, como el ave á quien han arrebatado el nido. No volverás, no. Y toda esta inmensidad solemne y majestuosa me parecerá pequeña y vacía. Me voy sin tí, y me vuelvo con mi dolor sin saber qué hacer ya de la vida.





XIV

Yo adoro el arte como el asceta y el místico á su Dios. Es el espíritu transfigurado creando la luz de la belleza. Es también amor y sufrimiento, intimidad y esperanza, ansias de vida y de inmortalidad. En las obras del genio siempre te veo, como te veo en la penosa y santa inquietud de la meditación. Te adivinaron los sagrados videntes, los creadores inmortales. Te adivinaron como amor, como juventud y como tristeza en tu corto camino hacia la muerte. Porque había en ti maravillosa belleza, gracia y majestad extramundanas. Cuando el inspirado

vislumbra una forma pura y una idea pura, tu forma y tu idea son las que brillan en el fuego de su inspiración.

¡Cuántas veces me he quedado absorto y dolorido ante las maravillosas creaciones de Botticelli, y, entre todas, ante su incomparable *Primavera!* Una esbelta y graciosa joven, de paso leve y ligero, llena de flores la falda recogida, las va esparciendo por el suelo, también de ellas esmaltado. Su gracioso vestido, que le deja una pierna desnuda, está también lleno de lindos grupos de florecillas. Me parecen flores sus labios, sus ojos y sus mejillas. Va esparciendo el hondo regocijo de vivir por el suelo y por el aire, como un efluvio divino. Cada flor es un beso, una sonrisa, una salutación á la dulce embriaguez de la vida. ¡Así fué el comienzo de tu radiante juventud! Gracia, esbeltez, alegría, luz y flores, todo lo tuviste. Así te encontré por primera vez, y fuiste para mí la forma pura de esta maravillosa y riente inspiración.

Tres jóvenes de pudoroso desnudo, á penas velado por finas gasas, con sus manos enlazadas graciosamente, danzan cerca de ella en actitudes dulces y serenas. También tus amigas, á tu alrededor, se regocijaron con la alegría de tu juventud y los anhelos de tu alma. Y, así te deslizaste por una senda esmaltada de flores, como la visión de Botticeli, hasta que te hirió el destino, arrojándote cruel de la ciudad donde reinan la juventud y la vida. Ni la inmensidad de tu amor pudo salvarte, de aquel primer amor tuyo que hizo de tu espíritu una creación inmortal. Te dejaron sola en el desierto de la desesperanza.

Como otra visión del gran artista, *Abandonada*, llena de soledad y de dolor. Con la cabeza hundida entre sus manos, una mujer solloza junto á un pórtico cerrado, fuera de los muros de una ciudad, cuyo bullicio se adivina. Ya no volverá á ver á los suyos, ni á sus amigas, ni al que ama su corazón. Echada para siempre, para siempre desamparada.

¡Qué desolación! Así tú. Te cerraron también para siempre las puertas de la vida y te dejaron sola con tu angustia, abandonada en el camino de la muerte. Así te encontré más tarde cuando te sentiste herida en plena embriaguez de juventud y de amor. No, ya no volverías á entrar en el encantado palacio de la vida. Te alejabas de él irremediamente, hasta verlo desvanecer y perderse en la vaguedad de las cosas desvanecidas.

Luego, tu rostro pálido se llenó de una tristeza resignada que te acompañó hasta la dolorosa partida, *unción de crepúsculo, recogimiento y conformidad* ante lo irremediable. Tus terrores, al fin, se calmaron, y se abrió en tus labios una sonrisa plácida como se abre una flor al borde de una tumba. Tus ojos me miraban como diciéndome: te dejaré pronto, pero nos encontraremos otra vez no sé donde. Y seguías tu camino como una estrella que parpadea apagándose. Aun amabas las flores y las prendías en tus cabellos, y las besabas, quizás como eterna despe-

dida. A tu lado, me parecía verte ya de lejos y en lo alto, rodeada de una pálida aureola. Eras una forma y una idea, nada más.

¡Ah! sí, tú estás en todo lo excelso y puro, lo mismo en la sagrada meditación que en el soplo divino de las creaciones del arte, que yo adoro como el asceta y el místico á su Dios.



XV

SOÑÉ que nos unimos con un beso casto y profundo, puestas las manos temblorosas sobre nuestros palpitantes corazones. Nuestros labios trémulos se separaron al fin. No sé donde estábamos. No era templo ni casa. Quizás, un bosque; quizás, una playa. Tampoco recuerdo qué luz nos envolvía, si la de la mañana, ó la del atardecer. De lo que estoy seguro es de que nos hallábamos en el seno de una paz inefable, de una quietud de mar dormido, que nos penetraba, dilatando nuestro pensamiento hasta los últi-

mos confines de todas las cosas. No estabas alegre ni triste. Estabas serena como un perfil de estatua griega. En nuestras manos enlazadas repercutía el callado latir de nuestros corazones. Te veía tan viva, tan diáfana, que ni siquiera un instante pensé en un sueño.

Y, de pronto, nos encontramos en plena mar, apoyados sobre la borda de un gigantesco trasatlántico. Mirábamos pasar las ondas que se quedaban atrás con su rizada cresta de espuma. Pasaban rápidas como las horas de la vida, de la vida de los que no aman, porque nosotros éramos eternos y todas las cosas se desvanecían en la eternidad de nuestro espíritu. Estábamos por encima del efímero vaivén de las existencias. Y la tajante proa seguía orlando el inmenso casco con sus dilatadas ondas que jugueteaban como estremecidas de un placer juvenil. Y, debajo de ellas, la insondable y negra profundidad del océano nos seguía, impenetrable como el misterio de los mundos. Tus ojos pare-

cían querer llegar hasta el fondo de la profundidad desconocida, deleitándose en el intenso azul de las inquietas aguas. El titán dormía mansamente dejándose acariciar por la arista veloz del juguete humano. Era amoroso y dulce, fuerte y profundo, como nuestro amor. Fijos teníamos en él los ojos y el pensamiento.

La luz era ya pálida, y lo envolvía todo en una diafanidad tibia y dulce. El horizonte empezaba á enrojecerse en una ancha franja tendida en la lejanía. Un airecillo acariciador agitó tus cabellos, cargado del olor salobre de la plena mar. Por todas partes el inmenso círculo de las aguas. Ni una costa, ni una vela, en toda su desierta extensión. Y, en nuestro buque, un silencio extraño, que por algunos instantes me inquietó vagamente. Pero la realidad de un viaje juntos me embriagaba de tal modo que ninguna inquietud podía turbar mi ventura. Tú estabas allí, á mi lado, viva, diáfana, tu mano en mi mano sobre la ancha bor-

da. Sentía tu calor, tu aliento. Veía el fulgurar de tus ojos, el carmín de tus labios, los rizos de tus cabellos agitados por el viento. Eras toda tú, toda tú, como cuando estabas entre nosotros.

Cayó el crepúsculo y aun estábamos allí sumidos en éxtasis, enlazados é inmóviles. Ya las sombras se espesaban desvaneciendo los contornos y esfumando las masas á lo lejos. Se debilitaba más y más el rojo encendido del horizonte. Y de pronto, te estremeciste. Las aguas se agitaron con extraño rumor junto al costado del buque, bajo nuestros ojos sorprendidos, y apareció sobre la superficie una masa negra enorme que nos siguió un momento, y, luego, se hundió rápida agitando las aguas y cubriéndolas de espuma. Te estrechaste á mí temblando de miedo.—Es un delfin, te dije. Yo los he visto muchas veces.—¡No, no! me respondiste, demudado el semblante. Pasó un momento de gran ansiedad para tu espíritu turbado, y otra vez saltó la masa negra,

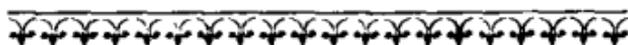
y otra vez se volvió á sumergir, siempre en el mismo sitio, con el mismo rumor extraño de hojas arremolinadas por el viento. ¡Oh, cómo temblabas y cómo te estrechabas á mí ante aquella visión para ti siniestra! Las sombras se habían cerrado completamente, y sólo una pálida fosforescencia verdosa se mecía sobre las inquietas aguas bajo nuestras cabezas inclinadas.

Saltó de nuevo la masa negra; pero esta vez dejó de sumergirse y siguió flotando envuelta en la pálida fosforescencia, que á penas dejaba entrever su forma oscura y borrosa. Y así continuó siguiendo la marcha del alto y oscuro casco de nuestro buque, mecida por el cadencioso ondular de las aguas. Tu miedo me inquietaba y me entristecía. No sabía que hacer para tranquilizarte. Aquella sombra te llenaba de angustia. El viaje alegre y feliz se había trocado en amargura y negros presentimientos. Y estábamos como clavados á aquella borda maldita. Imposible abandonarla.

Poco á poco comenzó á dibujarse algo sobre aquel lomo sombrío, algo como una forma blanca tendida dentro de un borde negro, todo bañado en la pálida y verdosa fosforescencia del mar. Se me oprimió el corazón. Mis ojos trataban en vano de descifrar el enigma de aquella visión siniestra. La forma continuaba siendo vaga y confusa. Hubiera querido lanzarme al agua para estrujar aquel fantasma que había infundido el terror en tu perturbado espíritu. Lentamente se fueron acentuando unos contornos, manchas iluminadas y tenues sombras, y comenzó á surgir algo que yo presentía, que me asediaba siempre, que me dejaba helado y sin aliento. ¡Ah! sí, al fin mis ojos te vieron extendida, con tu palidez de muerta, tus párpados cerrados, tu triste y leve sonrisa en los labios sin color, tus manos de cera cruzadas sobre el pecho, tu cabellera á los lados sobre la blancura de tu vestido, y, á tu alrededor, el borde negro de tu ataúd.... Quise estrecharte entre mis brazos, creyendo tener-

te aún junto á mí.... Y me hallé solo,
completamente solo, sin ti, sin ti,
que un momento antes te estrecha-
bas á mi temblando de miedo.





XVI

EN otro tiempo, apoyado el codo sobre mi mesa, y la cabeza, en la mano, largas horas pasaba yo pensando en ti y en proyectos de los que eras tú toda el alma. Por muchas vueltas que diera dentro de mi espíritu siempre venía á parar á la luz de tus brillantes ojos. Todo lo grande lo quería por ti y para ti: el poder, el genio, la gloria. No sabía como elevarme para que estuvieras orgullosa de mí. Y soñaba grandezas deslumbrantes entre aplausos y vítores de emocionadas muchedumbres. Y el corazón me latía de secreto gozo.

Pero despertaba en la soledad y el silencio de mi cuarto como un sonámbulo al borde de un abismo. Me daba miedo el espacio vacío de mi vida. Y miraba con espanto el cráneo aquel, carcomido y terroso, que, junto á mis libros, tenía vueltas á mí sus cuencas vacías. ¿Nada más que eso, nada más? Y sentía que los cabellos se me erizaban. ¿Ni un surco, ni una huella, ni una memoria? ¿Una forma incomprensible, dos veces muerta? ¿No poder ofrecerte más que eso? ¿Un pequeño trazo de luz pálida, y, luego, esa risa de una nada eterna? Se me helaba la sangre.

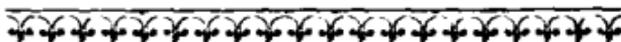
Me revolví contra mí mismo y decía: Este cerebro mío es una hidra que devora mis más hermosas ideas. A penas surge una vagamente, me la arrebató y la engulle como una fiera hambrienta. No me deja más que escorias. Corta el cauce por donde circula la llama de los grandes pensamientos, chupa con deleite el divino jugo de la inspiración y me arroja las fibras secas, para siempre estériles. ¿Cómo exter-

minar al monstruo? Con gusto me quedaría ciego si, por las órbitas, pudiera sacarlo entre los dientes de tenazas enrojecidas.

¡Cuántas chispas brillantes brotarían entonces dentro de mí! ¡Qué magníficos ropajes tendría yo para vestir mi fantasía! Versos, dramas y poemas para las mujeres henchidas de amor; para los hombres que hacen bailar la vida en el filo de sus pasiones; para los decrepitos, que agarrados al placer, piden la inmortalidad; para los niños que buscan la alegría como las flores el sol; para los genios del arte que vislumbran la eterna forma de la belleza; para los grandes pensadores que sienten latir en sus fórmulas y en sus símbolos el impenetrable misterio de todas las cosas; para los encorvados sobre la tierra, que caen en la sombra sin haber tenido jamás un solo minuto de esperanza; para los generosos, para los abnegados, para los buenos, y para los caídos también, que los caídos también aman y sufren.

Y, por encima de todo, más grande y más bella que todo, más rica en galas, en trono más alto asentada, para ti, para ti, mortal y eterna á un tiempo mismo. ¡Oh, cómo haría yo brillar en la altura tu excelsa forma inmaculada! ¡Oh, cómo haría yo que las estrellas circundaran como un nimbo tu cabeza! ¡Oh, cómo llenaría yo de tu espíritu la misteriosa esencia de todas las cosas! En los bosques, en el mar, en el cielo, en la inmensidad toda, tú serías la luz sagrada de todas las plegarias y de todos los místicos recogimientos. Tú serías las alas protectoras de todo lo indefenso. Tú serías la fuente viva de universal amor. Yo crearía, en fin, un mundo más excelso para que tuvieras una morada digna de ti.

¡Ah, el monstruo! ¡Me roba más que la vida!



XVII

Tu risa fresca y regocijada aun resuena en mi oído. Al oír, caía sobre mi alma un rocío de notas argentinas, brillantes como gotas de luz. ¡Cuán pocas veces reiste después así. Era un verano ardiente. Las ondas del aire se estremecían en el contorno de los objetos caldeados por un sol de fuego. La arena ardía, el aire abrasaba. Todo era quietud, pesadez, somnolencia. No había árboles, ni pájaros, ni flores. Un desierto de arena, nada más. En las horas cálidas no era posible salir. Y hasta sobre el libro

abierto nos invadía á todos el sopor. Pero á mí me placía esta somnolencia y esta quietud y esta pesadez de estio abrasador.

Veraneábamos. Tu herida mortal se había abierto hacia muy poco, y fuiste á buscar la brisa salobre de las playas rumorosas. Desde mi casa veía yo la tuya, á la otra parte del camino. Casi todos eran pescadores en aquel pobre caserío caldeado sobre el arenal. Detrás, se extendía la lava negra de un suelo volcánico; delante, perdiéndose en la lejanía, una estrecha faja de secos matorrales que bordeaba el camino, y, á derecha é izquierda, el mar, con sus ondas inquietas y sus cintas de espuma. Fué aquella aridez para mí como un jardín encantado.

Era la tarde de un domingo. Con nuestros trajes de los días de fiesta, un amigo y yo nos paseábamos por la playa junto al agua que las ondas tendían sobre la arena. Te esperábamos á ti y á tus amigas. Al fin, llegasteis alegres y ligeras como una bandada de pájaros y os detuvisteis

detrás de una barquilla blanca, no lejos de nosotros. Fué como un grupo de rosales, cuajados de rosas, sobre un trozo de tapia reverberante al sol. Tu vestido blanco se destacaba como un lirio entre los colores suaves que lucían tus compañeras. Nos saludasteis con vuestras lindas manos. Nada puede compararse á la secreta alegría que inundaba mi alma al verte. Mirándote, el cielo y el mar penetraban en mí en lo que tienen de infinito y eterno. Y tu forma radiante, infinita también como luz increada, me elevaba envuelto en su aureola para comprenderlo y para amarlo todo. Al ver agitarse tu mano, me pareció que el sol ardiente brillaba sólo para mí. Entonces te regocijabas tú y me rogocijaba yo también.

Una ola, más briosa que las demás, cubrió nuestros pies y siguió adelante dejando la playa cubierta de espuma. Nos miramos acongojados. Miramos luego al mar, y, como si brotara en nosotros la misma idea, volvimos cara á las olas y pe-

netramos en el agua con paso firme y ademán resuelto. Cuando ya el agua cubría nuestras rodillas, oímos carcajadas y un continuo palmoteo. Nos volvimos, saludamos con imponente gravedad y seguimos adelante. El sol se acercaba ya al horizonte y todo se encendía con sus rayos de oro. Poco después estábamos sumergidos hasta la cintura. Nos detuvimos un instante. Miramos. Agitasteis los pañuelos. Yo bebía con ojos sedientos la esbelta blancura de tu talle junto á la barquilla blanca. Continuamos nuestra marcha cada vez más fatigosa. A mi lado pasó una medusa irisada y transparente, flotando á merced del viento y de las olas. El agua, al fin, cubrió nuestros hombros.

Y fué ya hora de volver á la playa para saborear el triunfo. Llegamos y nos dirigimos hacia vosotras con paso lento y grave. Y, al pasar, nos saludasteis con un aplauso entusiasta y conmovedor. Y reíais todas regocijadas, porque entonces reías tú y reía yo también. ¡Ah!



aquellas horas alegres, de juventud y de vida, de confianza y de amor, ¿dónde están? ¿dónde estás tú que en ninguna playa te veo? ¿qué se hizo de la blancura de tu forma y del ébano de tus cabellos? ¿qué se hizo de tus manos blancas que con delirio de amor me aplaudieron al pasar? ¿á dónde volaron las dulces palabras que sólo pronunciaste para mi? Si es verdad que en el universo nada se pierde, ¿cómo es que tu forma y tu idea se han desvanecido en la nada absoluta? Eso no puede ser, no debe ser, y es.

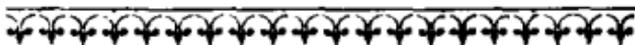
Una hora más tarde estábamos junto á vosotras, tú y yo juntos, algo distantes de los demás.—¿Qué viste en tu palacio de cristal? me dijiste sonriendo y aspirando el perfume de una rosa que palidecía ante el sonrosado de tus mejillas y el radiante brillar de tus ojos negros— Te ví á ti, siempre á ti, porque tú estás en todo lo que es luz y transparencia, en todo lo que es azul y profundo, como el inmenso mar y el infinito firmamento. Te ví á ti en

el ondular de las aguas puras, como te veo siempre en el hondo latir de mi corazón.

—¡Oh, quién pudiera estar siempre á tu lado! me dijiste entristecida. No sé. Tengo ideas muy negras. Me parece que pronto no me verás más. Una voz me dice en mis sueños; Ven, ven. ¿Qué quiere decir? Llámame tonta, si quieres; pero algo hay en mi alma que cuando río me impulsa á llorar. ¿Qué es? ¿Callas?

Y para ocultar una lágrima que vi temblar en tus ojos, corríste hacia tus compañeras, dejándome dolorido, mudo é inmóvil.





XVIII

¿ÓMO me entristeció el extraño mirar de aquella muchacha que nos vendió las entradas para el baile! Sonreía, pero en sus ojos había una pena de eternidad y de muerte. Y me miraba una y otra vez mientras escogía las cartulinas amarillentas. Mi amigo estaba á mi lado como una sombra. No supe quien era. Lo sentía, nada más. Las entradas aquellas tenían una eme mayúscula negra, grande, en el centro. Me sorprendió un instante, pero luego desapareció mi extrañeza. No pagamos seguramente, porque no recuer-

do haber oído ruido alguno de monedas. Al salir sentí de nuevo el hondo pesar de aquellos ojos fijos en mis ojos.

Atravesamos calles oscuras, torcidas y desiertas, desconocidas para mí. En unas, eran altísimas las casas, dejando ver solamente una faja estrecha de cielo estrellado. En otras, eran tan bajas que parecíamos estar en pleno campo. Al fin, nos detuvimos frente á un pequeño portal, abierto en una tapia amarillenta. Un pequeño fanal, colocado sobre la puerta, proyectaba nuestras sombras vacilantes en el suelo. Dió mi amigo un aldabonazo que resonó lúgubrementemente en toda la calle, y, al poco rato, sonó una campana como un quejido lejano que amortiguara el viento. Sonó tres veces, y todo calló después. Yo sentía un malestar indefinible y, al mismo tiempo, una secreta alegría. Ella me esperaba. Al fin, se abrió la puerta sin que viésemos á nadie.

Entramos en un pasadizo largo, húmedo y estrecho, á penas ilumina-

do por una lamparilla colgada del muro como á la mitad del camino. Apresuramos el paso ansiosos de llegar. Sentimos frío. Y, después de haber andado largo tiempo, nos detuvimos frente á otra puerta, también cerrada, y llamamos. Sonó una campana, pero más viva y sonora que la primera. Abrióse la puerta sin el menor ruido, y un sacerdote nos dijo:—¿Traen la letra? Le enseñé la cartulina y desapareció. Entramos. Frente á nosotros se veía una espaciosa escalinata de mármol blanco como la de un gran templo griego. Subimos. En lo alto, se extendía una gran meseta bajo la bóveda estrellada del cielo, en cuyo fondo nos hirió la retina la viva luz de un portal gótico abierto. Nos acercamos. Yo sentía una inquietud penosa. Me pareció entrar en una fiesta de cosas desvanecidas para siempre. Entramos.

¡Cuánta luz! ¡Qué apiñamiento de máscaras! ¡Qué música tan suave y deleitosa! ¡Qué danzar tan callado y sereno! Permanecí inmóvil largo

rato. Lo que fué de mi amigo no lo pude saber. No lo sentí más. Estaba sólo. De pronto, veo, á algunos pasos de mí, una hermosa máscara, inmóvil también, que tiene en mí fijos sus negros y brillantes ojos, profundos y pesarosos como los de la muchacha que nos dió las cartulinas. Me acerqué á ella, y me tomó el brazo suavemente.—¿Por qué has tardado tanto? me dijo, al fin, con aquella dulzura triste que era mi dicha y mi dolor. ¡Eras tú, eras tú! No habías muerto. ¡Vivías, vivías! Se desvanecieron las tinieblas de mi espíritu. El mundo volvió á ser alegría y esperanza, amor y juventud.—Porque me detuve comprando las entradas, te respondí ébrio de mirarte—¡Ah! sí, dijiste, yo las guardé para ti. Aquellos ojos eran los míos, los míos que te siguen á todas partes.

Callamos, y nos fuimos deslizando por entre la muchedumbre de máscaras que llenaban el inmenso salón, un salón sin límites, iluminado por grandes lámparas de luz

amarillenta, colgadas del techo en serie interminable. Todos los ojos, todos los cabellos, todos los cuerpos irradiaban juventud gracia y esbeltez. Algunas llevaban guirnaldas de flores en los cabellos; otras, diademas ó cintas de oro. Había brazos desnudos de escultórica morbidez, flotantes mangas de raso y terciopelo, collares de perlas, irisados reflejos de brillantes. Pero no se oía el más leve rumor. Un silencio de cosas sobrenaturales y eternas. Y, sediento de ti, oprimí tu delgada cintura, enlazamos nuestras manos y nos deslizamos suavemente en giros serenos y cadenciosos. Los rizos de tus cabellos rozaban como una caricia mi enardecida frente. Y yo te hablaba así trémulo de emoción:

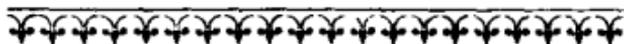
—¡Oh, qué malos son los sueños! Siempre me decían que habías muerto. Ahora era un amigo, luego, un extraño, y todos me hablaban de tu fin desastroso. ¿Por qué hacerme sufrir de ese modo? Pero ahora sí que estoy despierto y te tengo viva

entre mis brazos, viva y más esbelta y hermosa que nunca. El calor de tu mano hace temblar la mía. Ante mis ojos está el radiante brillo de tus ojos. Oprimo suavemente tu cintura y siento el encanto de su escultórica forma. Tu aliento tibio se une á mi aliento. Bajo la seda del antifaz, cuando en nuestros giros aletea, veo tus mejillas suaves enrojecidas por la danza. Y oigo tu voz, y veo tu seno levantarse, y siento llegar hasta mí los latidos de tu corazón. ¡Estás viva! ¡Estás viva! ¡Oh, qué malos y que crueles son los sueños! ¿Te acuerdas? En un baile como éste te pregunté por vez primera si me amabas, y me dijiste que sí con tus labios y con tus ojos. Desde entonces no te has apartado ni un instante de mi pensamiento. ¿Verdad que tu alma será siempre mía? ¿Verdad que estaremos siempre juntos, así como ahora te tengo viva entre mis brazos...?

De pronto, abandonó mi mano su mano, ví caer sus párpados de largas pestañas, y su esbelto talle fué

inclinándose hacia atrás blandamente. Quedé aterrado. Acudieron dos máscaras de ricas vestiduras largas y de anchos pliegues, azules las de una de ellas, moradas las de la otra, orlados sus cabellos con corona de laurel. Recibieron entre sus brazos el esbelto cuerpo vestido de blanco, lo suspendieron tendido como si estuviera en su ataud, y se alejaron rozando á penas el suelo. A poca distancia cayó el antifaz que me ocultó su divino rostro. Mudo é inmóvil, con los cabellos erizados me vi solo en el inmenso salón ya desierto. Alguien pasó invisible junto á mí y dijo:—Son Laura y Beatriz que se la llevan.





XIX

SOBRE mí se balanceaban, medidas por el viento, las grandes ramas de los gigantescos plátanos. Un rumor de mar embravecida llenaba la selva. Y, como una lluvia copiosa é interminable, caían las hojas á millares, entre los troncos grises, llenando el espacio entero. Caían, caían, con su lamento de cosas muertas. Y se amontonaban, y se esparcían girando y arrastrándose por el pedregoso suelo. Mis ojos no podían apartarse de aquel caer incesante y copioso en el seno de la vida universal. Yo era para

aquel caer un intruso irreverente. El misterio de las cosas ocultas debió de mirarme de reojo. ¿Qué iba á hacer yo allí, hombre degradado por las mezquindades de la vida, por las palabras falsas, las frentes vacías y los corazones muertos? Debían arrojarme á latigazos de aquel templo de vida y de verdad. Me sentía dominado y empequeñecido.

Y yo meditaba y decía: ¿Por qué caen esas hojas? ¿Por qué las azota el viento? ¿Por qué las enciende el sol? ¿Por qué vivimos y pensamos? ¿Por qué esta inmensa realidad que nos hace estremecer de esperanza y de terror? ¡Ah! cuando tú vivías el universo todo estaba para mí iluminado como los altares en solemne fiesta religiosa. Yo veía hasta lo más profundo de los abismos negros. Todo era diáfano para mí. Tenía conciencia del último latido de las cosas. La sucesión de las causas y de los efectos se desenvolvía ante mis ojos como una áurca cadena que engarzaba todos los seres, todas las vidas, todas las almas.

El secreto de los mundos se abría para mí como una flor blanca. Estaba en mí el espíritu universal como yo estaba en la esencia de todos los seres.

Y un regocijo inmenso hacía brotar de todas las profundidades la canción eterna del amor. Amanecía, y desde el inmenso mar, desde las verdes praderas, desde las montañas azules, desde el fondo de mi alma subía, subía la dulce canción hasta envolver los mundos y llenar el espacio entero. ¡Qué buena y qué diáfana era entonces para mí la vida! ¡Qué buenos y luminosos eran los cielos y la tierra! Y así me despertaba, llenas las horas de promesas que me hacían saltar el corazón. Y así se cerraban mis párpados mecidos por la dicha de mañana.

Yo sabía entablar mi diálogo secreto con la verdad oculta en el tallo que crece, en el capullo que se abre, en las alas que se agitan, en los labios que sonríen, en los ojos que fulguran. Un rumor, un perfume, una canción, todo tenía para mí

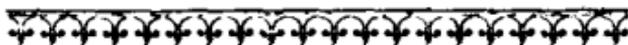
una idea, un símbolo, una luz. Hasta las lágrimas, hasta el amargo dolor se convertía en sacudimiento que despierta y mejora. Y lo tuve por sagrado en la armonía eterna de todas las cosas. Cuando contemplaba una estrella solitaria, perdida en lo más hondo del firmamento, unía mi espíritu á su luz pálida, y juntos nos asomábamos sobre el mar inmenso del vacío.

Pero cuando tú te desvaneciste para siempre, cuando fuí á la iglesia y no estabas, cuando fuí á tu casa y tampoco estabas, cuando te busqué por todas partes y en ninguna te hallé, ¡oh! entonces un vendabal de sombras se desató fuera y dentro de mí. Se cerró para siempre la flor blanca del secreto de los mundos. No comprendí ya nada. Todo, misterio impenetrable; todo, infinita pequeñez; todo, infinita soledad. Las cosas, vacías y negras, sin finalidad, sin lógica, sin luz. Aridez y tristeza por todas partes, una pesadumbre y un hastío aterrador. Calló el mar, callaron las praderas, callaron las

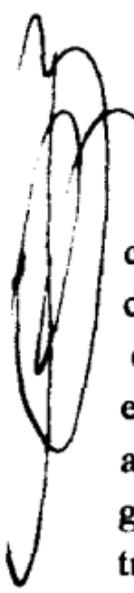
montañas, calló mi espíritu y ya no hubo más plegaria de amor: Tú te desvaneciste. Tú te desvaneciste y ya no fué buena ni diáfana la vida. ¡Que vacío y desierto y mudo lo dejaste todo aquí! Te busco en los paseos, en las fiestas, en el campo, en las playas, y en ninguna parte estás, y hasta tampoco estás ya en tu estrecha casa de muerto. Una mecánica sombría te estrujó hasta convertirte en nada. Tu forma, de una belleza pura, se desvaneció en una sombra eterna.

Y desde entonces no sé por qué caen las hojas, ni por qué sopla el viento, ni por qué calienta el sol, ni por qué existen el mundo, la vida y el pensamiento.





XX



No son sólo mis compañeros, mis libros. Son la orientación de mi vida, mi fin último y mi destino. Y son mi destino, porque en ellos están la idea, la meditación, el sentimiento, el por qué, y el más allá del por qué, inquietud mía ingénita que me arrastra fuera del trato de los hombres y de sus mezquinas agitaciones. El libro que refleja esa vida de fatigosa mezquinidad hace despreciar la vida y engendra el amor al libro, que está por encima de ella. Es el ojo penetrante que mira de lo alto la insig-

nificancia de las almas muertas por las cosas insignificantes. El libro salva.

En sus páginas está mi espíritu y está también tu espíritu. ¡Cuántas veces cayó de mi mano deslumbrado por la visión repentina de tu forma aérea! ¡Cuántas veces mi pensamiento huyó de su irresistible encanto para buscarte en las alturas de las cosas eternas! Y él esperaba sin enojo á que yo tornara para continuar estremecido su canto embriagador. Tú, como yo, los hubieras amado también si no te hubieras desvanecido como una rápida aurora. Tus ojos se hubieran asomado á ellos para regocijarte con las cosas bellas, grandes y profundas. ¡Oh, los proyectos que hice yo de vida entre los tres! Todo, engaño, nada.

Cuando volví á sus páginas, un frío de muerte se apoderó de mí. ¿Qué decían? Palabras sin sentido, heladas, muertas. Contigo huyó el verbo cálido que las hacía palpar ante mis ojos. Las dejaste inertes y mudas como tu cuerpo en su estre-

cho ataud, y tuve que hacer de nuevo un largo y penoso aprendizaje para recobrar la luz.

Desde entonces sentí unida la profundidad de toda meditación á la profundidad de tu espíritu. A penas atravesado el umbral de las cosas infinitas, tú estabas allí llevando también lo infinito en el fondo de tus pupilas. Allí estabas tú envuelta en tu aureola de virginidad y de pureza. Y me sonreías amorosamente para que aprendiera yo que en toda suprema altura habías de estar siempre tú. *¿Cómo no querer aquellos libros si todos guardan la huella imborrable de tu espíritu?* No pocas veces temblaron en mis manos trémulas por la ventura. No pocas veces los arrojé lejos de mí ante la desesperante visión de tu lenta agonía. Tu rostro pálido como *una hostia, se hundía en mi corazón como en su último refugio.* Bien lo saben ellos y lo sabes tú.

Ya los filósofos, ya los poetas, pasaban por primera vez ante mis ojos asombrados. Mi espíritu se

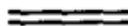
conmovía de tal modo que el libro temblaba entre mis manos, y, á penas, podía continuar la lectura. Nunca pude imaginar que se hundieran tanto en lo infinito los horizontes del mundo. Jamás pensé que el hombre pudiera llevar dentro de sí tan profundos pensamientos y una llama tan ardiente de embriagadora poesía. Yo pronunciaba los nombres de los ungidos con místico recogimiento. Y veía pasar á las gentes, desde mi ventana, como sombras vanas, vacías y muertas. Había dejado atrás el rebaño sumido en la estúpida agitación de los instintos degradantes. Sí, mis libros me libertaron del tedio de la vida.

¡Ah! ellos continúan junto á mí; pero tú te desvaneciste. De sus signos misteriosos surge todavía la misma voz, pero tu voz enmudeció ya para siempre. Nos hemos quedado bien solos ellos y yo. Nuestros diálogos repercuten como un eco de hogar vacío. Ya no los hace temblar entre mis manos el ansia de verte y la ventura de llevar aún viva tu

imágen en mis ojos. La meditación sin ti se ha envuelto en sombras. La poesía sin ti languidece y calla. Ya no pronuncio con místico recogimiento ningún nombre más que el tuyo. Los horizontes que el pensamiento dilató hasta lo infinito, se han estrechado hasta producirme opresión y tedio. Sólo los libros de la tristeza, de la tristeza grande, profunda y universal, logran sacudir mi alma. Tú no estás, y todo otro pensamiento pliega sus alas y cae á sus pies desfallecido. *¿Qué hacer? ¿Cómo vivir sin ellos y sin ti en este gran desierto de la vida? ¿Quién me devolverá la meditación que eleva y la poesía que embriaga? ¿Cuándo volveré á sentir tu espíritu en las grandes cosas de los mortales? ¿Dónde encontraré otra luz como la tuya que me guíe, me alienate y me conforte? Todo huyó ya para siempre.*

Y llegará para mi también la hora de marchar. *¿Qué será entonces de mis libros? Mi espíritu y tu espíritu serán profanados por extra-*

ñas gentes. ¡Ah, quién pudiera destruirlos en un instante! Volveríamos á juntarnos ellos, tú y yo en alguna parte donde volver á amar, pensar y sufrir.





XXI

ME hallaba en un teatro desconocido. Butacas, palcos, galerías, todo estaba completamente lleno. A mi lado había alguien, pero yo no pude saber si eran hombres, mujeres ó niños. Un gran silencio se cernía por toda la sala, un silencio pesado, inquietante, que parecía desvanecer las cosas en las sombras de la nada. En la escena, una actriz, con rica túnica de gran dama ateniense, recitaba un parlamento del que no pude entender ni una sola palabra. Era un castellano puro y transparente el suyo, pero yo no

comprendía absolutamente nada. Y mi atención era de las más profundas, hallándome pendiente de sus labios sin saber, realmente, lo que decía.

Aquella mujer era esbelta y hermosa. Tenía gran distinción y majestad. Una ancha cinta de oro chispeaba sobre sus negros cabellos. Estaba sola, de pie, inclinada hacia el público, con un brazo desnudo extendido, mostrando en la mano un objeto que me fué imposible distinguir. Un interés vivísimo sentía yo por aquella escena sombreada por vagos presentimientos. No era lo que pasaba, sino lo que había de pasar lo que me tenía absorto y con los ojos fijos. El silencio de la sala no parecía ser más que la extensión del silencio que se había hecho dentro de mí.

Entonces vi que la hermosa mujer se alejaba, sin mover los pies, hacia el fondo del escenario, y palidecía más y más á medida que se alejaba. El fondo se fué transformando lentamente envuelto en una

luz azulada, hasta que apareció claro un camino solitario en una llanura árida y desierta que se perdía en el horizonte, triste y monótona. La esbelta ateniense se transformó también. Ahora parecía una humilde peregrina. Amplias eran las mangas de su vestido, que un grueso cordón ceñía á su delgada cintura. Sus largos cabellos flotaban sobre su espalda en brillantes y onduladas madejas. Sentí una secreta emoción al contemplar aquella noble figura de peregrina errante y solitaria, inmóvil y como sumida en profundo recogimiento.

Se fué acercando á nosotros lentamente *sin que sus pies se movieran*. Estaba vuelta á un lado de la escena y me fué imposible verle el rostro. Pero una inquietud extraña me decía que había algo en aquella amable figura que estaba unido á mi espíritu en lo más hondo de mi dolor. Como un murmullo suave, brotaron de sus labios palabras *incomprensibles*, y parecía dirigirse á personas invisibles que la escu-

charan detenidas frente á ella. Poco á poco, fué elevándose el timbre de su voz, dulce y melodiosa, hasta que sus palabras llegaron con perfecta claridad á mis oídos. Aquel acento agitó mi alma, como el despertar de una esperanza muerta. Decía extendiendo un brazo hacia los personajes invisibles:

«Las que tenéis flores, joyas y vestidos, dadme una limosna de juventud; las que os regocijáis en paseos, bailes y fiestas, dadme una limosna de alegría; las que tenéis padres, esposos y hermanos, dadme una limosna de hogar; las que tenéis mejillas y labios rojos, dadme una limosna de vida; las que esperáis un mañana venturoso, dadme una limosna de esperanza. Pero vosotras las que no habéis amado, las que no habéis podido amar nunca, venid á mí que soy la fuente misma del amor, de amor puro, inagotable, que vale muchísimo más que las joyas, y las fiestas, y la familia, y la salud, y la esperanza. Venid á mí y apagaré vuestra sed. Venid á mí y tendréis

vida, luz en los ojos, néctar en los labios, dicha en el alma y hondo penar en el corazón»

Calló su dulce voz, dejó caer los brazos y quedó inmóvil como soñando. Entonces apareció un anciano venerable, de rostro enjuto, nariz encorvada, ojos hundidos, amplia frente, envuelto en majestuoso manto, y, en la cabeza, una sencilla corona de laurel. Se acercó á la soñadora peregrina, le oprimió las manos entre las suyas, y ella descansó la cabeza sobre su pecho blandamente. Luego, volvió á mí su rostro y me miró... ¡Eras tú, eras tú! ¡Oh, qué brillo tan intenso el de tus ojos! En aquel profundo mirar me dabas toda tu alma. Yo no sabía si eras no más que la visión de un sueño.

El anciano dijo, al fin, como dirigiéndose también á personajes invisibles: «La mujer que ha amado como esta mujer ha amado, aunque esté muerta, como ella está muerta, no puede morir nunca» ¡Muerta! Desperté.



XXII

JUNTO á mi oído, calladamente, cuando me veas solo y meditando, dime que fué de tu pensamiento al vidriar tus ojos la muerte, porque, ya en tu ataúd, yo vi que tus labios guardaron una leve y dulce sonrisa como la que soñó Vinci para su Gioconda. Dime si quedó de tu mente desvanecida algo esperanzado y bueno que te hiciera sonreír ¿Qué fué? ¿Era mi recuerdo? ¿Era el reposo tranquilo y sin dolor, ó era quizás la luz de una nueva vida? ¡Ah! porque sería horrible que detrás de tu sonrisa no hubiera

más que las sombras de una noche sin término. Eso hubiera sido sencillamente una perversidad. Por despiadada que sea la lógica de las cosas, no puede llegar á ese vil engaño. Será una idea, una imagen, una esperanza, una ilusión; pero nada es imposible. La casualidad no da tantas veces á los muertos ese sonreír dulce que hace pensar en una vida de luz y de misterio. Hay algo real que se oculta á nuestras miradas. No sabemos qué será, pero existió en tu sonrisa de muerta.

Dime qué es. Dime qué pasó por ti al romperse el hilo de tu vida. ¿Sufriste? ¿Te sobrecogiste de terror? ¿O fué sólo un profundo desvanecimiento del que despertaste sin tu forma terrena, idea pura, espiritualidad libre y misteriosa? Acaso estabas junto á mi, y tú misma contemplaste tu propia sonrisa, quizás con delectación, quizás con tristeza. Allí, en la soledad de mi dolor, tú pudiste haberme revelado qué sentiste, en qué te transformaste y qué cras ya en tu nueva mansión desconoci-

da. ¿Verdad que era hermoso tu semblante pálido en el marco de tus cabellos negros como la noche? ¿Verdad que tu frente resplandecía serena como la pureza de tu alma? ¿Verdad que tus párpados parecían dos anchos pétalos posados dulcemente sobre tus ojos sin luz? Sí, fui hermosa, debiste decir; pero más hermoso fué mi profundo, mi inagotable amor.

Dime, cuando esté solo y meditando, qué es el misterio de la muerte y como se corta la vida en un instante, cómo se aniquila el pensamiento, cómo puede desvanecerse toda esperanza, y el delirio de amar, y el regocijo de vivir, los sagrados recuerdos, y hasta el mismo dolor. ¡Oh! ¿Cómo es eso? ¿Por qué es eso? Ven y revélame á solas el profundo secreto. Una sola palabra. No contestas, nadie contesta. Esa palabra no se pronuncia jamás. Estamos condenados á una duda eterna. Hemos de sufrir el tormento de lo que se pierde para siempre. Todo desvanecido irremediablemente. Ni

un signo, ni una voz, ni un rayo de luz que rasgue las tinieblas del misterio de la muerte. Acaso tú no vives ya más que en mí, porque sólo dentro de mi espíritu pudiste hacerte realidad imperecedera. En todo lo demás, vacío y desolación.

Pero entonces tendríamos que pensar en una nueva lógica universal, en una nueva justicia, en una nueva finalidad para este mundo de hoy, frío, impasible, ciego y degradado. Habría que pensar en imponer nuestro espíritu á todo cuanto existe, como dominador y creador de leyes y de fines para todas las existencias. Sobre la fatalidad ciega, el poder de la idea pura, del amor profundo, del espíritu libre, por encima del tiempo y de la muerte. Entonces tú vivirías y tu amor viviría iluminando las cosas y dándoles un sentido imperecedero. Entonces tu sonrisa de muerta continuaría siendo sonrisa de vida. Entonces tu recuerdo sería como el aleteo lejano de tu eterna realidad. Se agita en mí una oculta esperanza de no sé qué

cosas infinitas, que me trae como la aurora de un mundo desconocido.

Pero yo necesitaría saber ahora lo que eres tú muerta porque, ignorándolo, no podré saber jamás lo que es ya la vida.





XXIII

LA vida se derrama sobre la
tierra en incesantes oleadas.

Un inmenso rumor se levanta de las llanuras, de las montañas, de los bosques, de los aires y del profundo mar. Son las voces, los gritos, los cantos, de la muchedumbre infinita de seres que se agitan y viven. La llama de la vida los hace estremecer de inagotable regocijo. ¿Por qué están aquí? ¿A donde van? No les importa. Ni la muerte los detiene ni los apesadumbra. Jamás se interrumpe la canción regocijada de la vida que asciende á las alturas

como una armonía eterna. Envuelta en el misterio brilla y se extingue incesantemente.

Así son estos dos pájaros en su jaula, ligeros como saetas, vivos como el chispear de sus ojos. Su plumaje es pardo-oscuro como las sombras del crepúsculo, y, en su pecho, es gris-azulado como la primera luz del amanecer. Picotean un instante el higo azucarado y tornan de nuevo á su rapidez de flecha sin fatigarse jamás, ó limpian su delicado pico, oscuro como su plumaje, cogidos á las varillas de la jaula. ¡Cómo hendirían el aire en plena libertad! El agua transparente les atrae, en ocasiones, y dentro de ella agitan sus alas ligeras, saboreando la deliciosa frescura. Y todas las horas del día así, alegres y veloces, enloquecidos por el incitante placer de vivir, de vivir sin inquietudes, ni esperanzas, ni temores. ¡Oh, qué embriaguez ésta la de la vida!

Pero llega el crepúsculo y su agitación se calma. A penas sí, de cuando en cuando, abren un ala

bajo la cual agitan su inquieto pico. Y cuando la noche se cierra, los dos reposan juntos, ala con ala, inmóviles y apretados como un solo pajarillo. Duermen en el seno de la quietud universal. Una serenidad infinita brota de ellos y á ellos torna, después de haber circulado por la inmensidad tranquilizando la vida de todas las cosas. Parece que unas grandes alas invisibles amparan el sueño de todas las vidas indefensas. ¡Ah! y no es así, no. Yo podría estrangular en un instante estos dos pájaros dormidos sin que la serenidad de los mundos se alterara. Yo podría torturarlos perversamente sin que la paz de la noche lo advirtiera. Yo podría carbonizarlos sin más que acercar una llama á esta linda jaula, y esa estrella brillante seguiría titilando en la altura, como si no viera ó no quisiera ver. Pero ellos duermen y todo duerme.

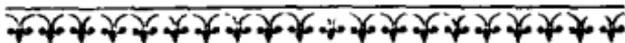
Sólo dentro de mi vela siempre el dolor. ¡Tú también estabas desamparada! Cuando la quietud caía sobre la tierra como un rocío de ampa-

ro y de confianza, era para ti sólo un engaño y una traición. Porque, en el seno de esa paz, un poder perverso te torturaba lentamente, sorbiendo tu vida gota á gota, tornando pálido tu rostro y haciendo que tus rodillas se doblaran al blando peso de tu cuerpo enflaquecido. Las alas protectoras invisibles no se detuvieron sobre ti, ni se turbó por eso la serenidad infinita de las noches y de los mundos. Quedaste á la merced de un niño, de un insecto, de un alga venenosa. Y nada pudimos hacer por ti nosotros. Te veíamos adelantar en el camino de la muerte y no podíamos detenerte. Tú sonreías bebiéndote las lágrimas por dentro. Nosotros también sonreíamos para animarte. Pero en nosotros y en ti el dolor nos hacía pedazos el alma.

Ahora tu sueño no necesita que nadie vele por él. Está por encima de todo amparo y de toda protección. Eres ya quietud universal, la paz misma de lo eterno. Ahora eres tú la que amparas y tranquilizas, la

que haces dormir confiados á todos los seres indefensos, como duermen estos pájaros oscuros, ala con ala, en el seno de esta noche tibia cuajada de estrellas. También yo quisiera dormirme en tu seno para no despertarme jamás.





XXII

NUNCA había sentido correr mis lágrimas con tanto dolor, con tan dulce melancolía, como cuando volví á ver tu ventana después de tantos años de ausencia, solo en aquella plazoleta solitaria por donde circula quejumbroso el eterno rumor de las olas. Inmóvil, con los ojos fijos en el fondo negro de aquel marco ante el cual te esperaba ansioso en días mejores, permanecí no sé cuanto tiempo. Me rebo-saba la angustia en aquel rincón de soledad, triste y vacío. Todo un mundo desvanecido ya. Y á mi pena

nadie podía responder. Tú guardabas silencio. No estabas. No estarías nunca más. Y me sentía solo como un peñasco en medio del mar, y lo sentía todo solo, todo árido, todo desierto, todo inconsolable.

¡Oh! en esa ventana te me aparecías como una visión primaveral de frondas y gorgoros, de brisas y de infinito azul. Y tu sonrisa juvenil y tus ojos profundos se hundían en mi alma como un sol de dicha extramundana. Y me acercaba temblando á tí, temeroso que te desvanecieras al oír el ruido de mis pasos. ¡Qué torpes y frías son las palabras para expresar cosas tan hondas de nuestro espíritu! Brillan como una luz repentina y se desvanecen dejándonos estremecidos de emoción. ¿Qué eran? ¿Un éxtasis? ¿Una esperanza? ¿Un presentimiento? A veces, todo junto y mezclado en una sola luz.

Negra y desierta hallé tu ventana. Ya no volverías á apoyar tus brazos en su sencillo alféizar. Ya no volverías á dejar caer para mí la flor prendida en tus cabellos, gozo-

sa de mi amor como yo lleno del tuyo. Y el rumor del oleaje era el mismo siempre, y todo seguía igual en la plazuela desierta. Mis lágrimas continuaban deslizándose, amargas y silenciosas. ¿Dónde estabas? ¿Por qué no venías? ¿Por qué guardabas silencio? ¿Siempre has de estar oculta? ¿Siempre habrás de callar de ese modo? Aun creía yo sentir el calor de tu mano delicada, aun creía yo sentir el efluvio tibio de tu aliento, aun creía yo sentir el roce de tu vestido, y el ruido de tus pasos, y tu voz, y tu mirada y el perfume de tus cabellos. Amor en tus ojos, amor en tus labios, amor en tu sonrisa, y ahora todo mudo y desierto, todo negro como el fondo de tu ventana. ¿Qué hacer de mí ya, viejo, y fatigado, y dolorido del penoso viaje de la vida? Si tú vivieras, reclinarías mi cabeza sobre tu pecho y acariciarías mi frente apesadumbrada. No puede ser.

¡Muerta, muerta! Sentí frío en la raíz de los cabellos. Ya nadie guarda tu memoria más que yo solo. Tus

amigas quizás han olvidado hasta tu nombre, ese nombre que les oí pronunciar como el más dulce y preferido. Todo lo más dirán: «¡Ah! si, jugamos juntas en la playa. Ya murió.» Y no saben que, para mí, muerta tú, han muerto ellas y ha muerto todo. Porque si la playa y ellas tuvieron luz y vida, fué porque tú estabas, porque tú las hacías vivir y estar risueñas. Ahora no quedan más que palabras vacías. Por eso tú vives en mí toda entera, con tu reír y tu penar, tu esperanza y tu agonía, tu pudor y tu belleza. ¡Oh, ven un instante no más! ¡Tu visión, tu visión en el marco de tu ventana, aunque sea como un relámpago!

Inútil esperar. Sólo responde el eterno rumor de las olas en la orilla pedregosa. Me quedo solo con mis lágrimas. He de volverme como vine: sin ti. Y me encontrará un amigo y habré de sonreírle estúpidamente, como si me interesaran sus historias mezquinas. La luz vacilante del fanal solitario sigue moviendo

las sombras sobre las paredes como espectros alargados que danzan, y arriba, en el cielo, brillan titilando las estrellas, las mismas que, más de una vez, miramos tú y yo al hablar de las cosas inmutables y eternas. Las miro ahora también ansioso de encontrar en su luz la huella de tu mirada, porque es imposible que no haya nada tuyo en su melancólico titilar. Una de ellas, más brillante que las otras, se alzaba sobre tu misma cabeza. «Es mi estrella, decías sonriendo. A su luz irá mi alma cuando yo muera.» Brilla ahora como entonces, pero guarda silencio sobre tu destino.

¿Por qué no desapareció todo cuanto veo, menos tú? ¿No eran más excelsos tu espíritu y tu forma que el mar y las estrellas, que tu casa y tu ventana y que esta solitaria plazoleta? Y tú sola te desvaneciste, y todo lo demás permanece para hacer más profundo mi dolor. Yo tenía, al tornar, una remota esperanza de volverte á ver, aunque no fuera más que por un instante, co-

mo algo milagroso concedido á nuestro inmenso amor. Todo, engaño. Soledad, silencio y muerte encuentro sólo aquí, frente á tu ventana negra y vacía. Y he de volverme, perdida toda esperanza, para fatigarme, entre los hombres, con sus mezquinas agitaciones, sus saludos, sus sonrisas, su vanidad y sus odios. No hay salvación.

Vuelven de nuevo mis ojos á recorrer estos lugares para mí sagrados. Hasta la luz y las sombras proyectadas por el viejo fanal que nos alumbró en otro tiempo, penetran en mi espíritu y lo llenan de honda melancolía. Me alejo, al fin, y me pierdo en la sombra de la oscura calle que bordea la marina, hundiéndose en otras sombras más lejanas y más densas.



XXV

HE vuelto á ver mi ventana de persianas verdes. La casa está cerrada, y se me figura que así quedó desde que la abandoné. Todo está igual. Las mismas paredes, la misma madera, el mismo color. Es más que un rostro amigo, es un rostro adorado la casa de mi niñez y de mi juventud. En la persiana verde está todavía el pequeño nudo vacío por el que veía yo pasar las gentes, teniendo un libro en la mano y mi pensamiento en ti. ¿Quién mira ahora detrás de estas persianas verdes?

En la espaciosa plaza había entonces filas de adelfas cuajadas de flores rojas. En la fuente llenaban sus cántaros las aguadoras. Los perros sedientos bebían en las charcas. Yo, tras mi ventana abierta, tenía entre las manos un cráneo carcomido de una raza hoy extinguida, sacado por mí mismo de una antigua tumba. Sus grandes órbitas vacías me dejaron absorto. Los transeuntes pasaban como sombras. Yo tenía fijos los ojos y el pensamiento en aquellas órbitas carcomidas. Ya no había allí más que una concavidad terrosa y unas hendiduras negras. Tenía en mis manos una cosa pesada, hueca y roída, que volvía á todos lados sin comprender nada, nada. De pronto, como si alguien me llamara muy quedo, vuelvo la cabeza.... ¡Eras tú acompañada de tu hermano! Me miraste y se tornaron rojas tus mejillas. Yo palidecí. Y desapareciste.

Ahora ya soy un extraño para esta ventana verde y para esta casa cerrada y silenciosa. No puedo po-



ner la planta en ella, ni puedo abrir esta puerta por donde salí y entré llenos de ti mis ojos. Estoy solo en la calle como un forastero á todos indiferente. Si un *amigo* me abraza, abraza mi vestido más bien que á mí. Diríase que me vió el día antes. ¿Cómo pueden desvanecerse tantas cosas que nos parecieron eternas? Y si eso desaparece, ¿qué vale lo que queda? No, no me den á beber la amarga copa de la realidad. Dejádme con mis recuerdos henchidos de cosas diáfanas y puras. Ni casas ni amigos de hoy quiero ya. Todo está *mutilado y vacío*. Ha pasado por encima de lo puro y luminoso un ciclón de instintos egoistas que lo ha ennegrecido y degradado todo. Las almas han caído en un rebajamiento repulsivo donde no puede haber salvación. Es una mueca helada toda palabra. Es un escarnio toda sonrisa.

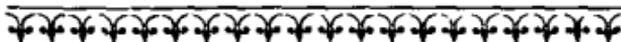
Tras esa ventana se devanaron mis sueños en infinitos hilos de oro, libre de toda atadura social, rebelde á toda imposición degradante, co-

mo si mi vida hubiera sido un poder privilegiado, dón milagroso de los dioses inmortales. Y vuelvo el mismo, amando lo que amaba, aborreciendo lo que aborrecía, sediento siempre de cosas grandes, libres y puras. Por eso te busco á ti, mi añorada muerta, en esta casa silenciosa un tiempo mía, tras estas persianas verdes donde mi espíritu vivió en el seno de tu espíritu forjando sueños de amor y de grandeza, de vida y de inmortalidad. ¡Oh, aquellas horas de soledad y de recogimiento entre mis libros y tu recuerdo! ¡Oh, aquel afán insaciable de comprender y de amar! Todo, desvanecido.

Es preciso alejarse, huir de estas persianas verdes y de esta casa muda y desierta. No quisiera verlas más. No quisiera acostumbrarme á ellas y pasar á su lado sin conmovirme. Seria una profanación, siendo como son para mí sagradas. Porque tu espíritu, como el mío, está también en ellas, y no quiero profanarlo con la irreverente indiferencia. Me alejaré de prisa para evitar que

un amigo me detenga y piense que me preocupan sus palabras insignificantes y su ademán repulsivo de hombre muy atareado. La soledad es una liberación.





XXVI

Sí, he vuelto cuando ya la vez ha nevado mis cabellos. No me conocerías. Pero si tus ojos penetraran en mi corazón, dirías:— Es él, mi amor primero, por quien lloré y sonrei, conté las horas y suspiré. Sí, yo soy, que te amé desvanecido, sabiendo que existía sólo porque te amaba. Y hoy, ya viejo, tengo sed de juventud, porque tengo sed de ti; tengo sed de pureza, porque tengo sed de tu alma pura; tengo sed de pudor, porque tengo sed de tu pudor de virgen; tengo sed de palabras de amor, porque

tengo sed de tu acento de enamorada; tengo sed de ojos que brillen, porque tengo sed de tus pupilas; tengo sed de besos puros, porque tengo sed de tus labios; tengo sed de cabelleras undosas, porque tengo sed de tus cabellos. De ti y siempre de ti.

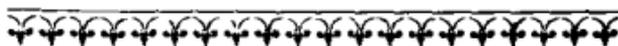
Inclínate sobre mi pensamiento y sobre mi corazón. ¿No están llenos de tu espíritu? Escucha su plegaria. ¿No es toda para ti? ¿No ha sido siempre toda para ti? Lejos ó cerca, ayer como hoy, ¿quién me ha hecho verter lágrimas como las que tú me has hecho verter? ¿Qué sueños me han estremecido tanto como tus sueños, hasta el punto de llorar despierto? En mis horas negras y doloridas, ¿quién, sino tú, endulzaste su tristeza y su amargor? Cuando admiraba el esplendor de la naturaleza, ¿no surgías tú de su seno como la esencia misma de toda belleza? ¿Acaso hay un día de mi vida que mi espíritu no haya sentido tu espíritu? Tu juventud y mi juventud han quedado intactas en el fondo

de un mismo vaso. No hay tiempo para ellas.

Pero déjame pensar, déjame pensar, que aun no sé bien si fué aquí donde tuviste tu morada. Recorro calles nuevas, veo casas nuevas, nuevas tiendas, nuevos jardines, rápidos automóviles, brillantes focos eléctricos, y las personas me son desconocidas. Nadie me conoce á mí tampoco. Me parece extraña esta tierra. Soy un extraño yo también. Hasta no pocos de aquel tiempo lejano ahora me parecen sombras. Me admira y me duele ver tantos rostros de viejos fatigados luchando aún en la corriente de la vida que los abandona. El olor del oro hace todavía estremecer sus carcomidos esqueletos. Desaparecerán. ¿Pero qué palabra grande han dicho? ¿Qué cosa grande han vislumbrado? ¿Qué voz de lo futuro han oído? ¿Qué esperanza salvadora han infundido en las almas? ¡Oh! no. Esos no pueden ser. Alguna fatalidad les ha endurecido el corazón y mutilado el pensamiento. ¿Estoy se-

guro de que aquí tuviste tu morada?

Ni sobre el pavimento de estas calles, ni en esas casas, ni en esos jardines, ni en esos focos de luz, puedo yo encontrar tu intangible huella, grabada en otros sitios profundamente por el hechizo de tu forma y el poder de tu mirada. A jirones arranca el destino tu recuerdo de tu antigua morada. Te desvaneces sin cesar de la realidad que te envolvía. Sólo te quedo yo para refugio de tu vida terrena. Vives en mí más intensamente que cuando con nosotros estabas. Y las cosas todas que te rodearon, en mi espíritu están, más diáfanas y puras que cuando ellas fueron. Deja que el tiempo continúe su obra destructora. Por encima de él está nuestro amor inmutable. Viejo soy para todos. Para tí no. Me has acompañado siempre en el trabajoso camino de la vida, en imagen, en espíritu, en pensamiento, en ansias de verdad y de belleza, en alegría y dolor. ¿Te encontraré después?



XXVII

UNA obsesión irresistible dirigía mis pasos hacia la playa desierta donde tus restos reposan. Uno y otro día intenté llegar á aquella puerta que se abrió para ti por última vez, y otras tantas veces retrocedí sin ánimos para lograrlo. Tampoco estás ya allí. Sacaron del nicho tus sagrados restos y los consumió la tierra negra y húmeda, en un rincón solitario. Hasta tu nombre desapareció de allí para siempre. Ni una huella tuya en aquellas largas filas de casas de muertos. Las mismas plantas y flores que pudo ali-

mentar tu polvo, han desaparecido. Ni un rumor, ni un eco, ni una queja, que guarden de ti la más leve memoria. ¿Dónde encontrarte? ¿En qué sitio detenerme? ¿Ante que huella tuya quedarme absorto en silenciosa plegaria? Te iba á buscar á ti, y nada tuyo podía ya allí encontrar. ¡Nada tuyo!

¿Pero cómo pudo borrarse de tal modo tu incomparable forma terrena? Yo busco en lo más hondo de la finalidad última de las cosas una sola razón que justifique tu sombrío aniquilamiento, y no hallo más que vacío y sombras aquí y en las alturas. Y me espanta pensar cómo han podido desaparecer tus largos y brillantes cabellos, cómo han podido convertirse en polvo tus ojos fulgurantes, tu seno delicado y pudoroso, tus labios rojos que tantas veces probaron el amargor de tus lágrimas, y tus manos suaves como la caricia de una flor. Y espanta pensar que no hay nadie en todo este universo que pueda impedir corrupción tan horrenda. Y tú, in-

móvil en tu ataud, soportando estas cosas horribles, calladamente, sin dolor ni queja. Luego, al cabo de algunos años, nada tuyo, absolutamente nada tuyo, ni nada que te recuerde, más que el vagar del silencio de lo que ya no es, entre las tumbas, las cruces y las flores. Es algo que al espíritu más fuerte no le es dable soportar. Busca apoyo en lo que se ve y en lo que no se ve, y siente hundirse el mundo bajo sus pies.

Y si esa forma es el vaso del amor primero, más excelso que la misma vida y la belleza, ¿cómo puede caer en la fatalidad de las cosas muertas y corruptas? ¿No hay nadie que ampare una juventud indefensa? ¿Nuestro pensamiento es tan alto y poderoso, y nuestras manos no pueden hacer nada para detener esa caída de la luz en la sombra? Ahora viva, alegre, enamorada; después noche, inmovilidad y corrupción. ¿Por qué se decretó en el orden del mundo la necesidad de caer en esa boca negra que no devuelve más

que podredumbre? ¿Y eso es orden, belleza y armonía? ¿Eso es bondad y misericordia? ¿Esos son los fines trascendentales de una creación infinita y eterna? ¿Dar amor y juventud y quitarlos en una agonía sin esperanza? ¿Forma y espíritu destruidos como un pedazo de hierro que la humedad descompone y pulveriza?

No puedo visitar por ti el silencioso cementerio. Allí te llevaron, allí quedaste tal como te dejaron, inmóvil y pálida, con tus vestidos y tu negra y larga cabellera; y después vuelvo y ¡nada! ¡ni tu nombre! No sabes la punzante inquietud que turbó mi alma en aquellos días de vacilación y duda. No, no fui. Pero crucé el camino donde tú caíste desfallecida ante la visión lejana de la casa de los muertos, aquel camino donde tuviste infinitas ansias de llorar y no lloraste, donde te abandonó para siempre la dulce esperanza de vivir. Y junto á aquellas altas masas de basalto, como catedrales, que te vieron doblar las rodi-

llas y caer, yo incliné la cabeza y pensé en ti. Sobre aquel polvo del camino estuvo tu cuerpo delicado, lleno de fatiga, pero vivo. Te alzaron amorosamente. Tú levantaste la cabeza, abriste tus ojos como asombrada, y, en lugar de llorar, sonreíste. Largo tiempo pensé en ti.

Otro día, cuando mi turbación se calme, entraré donde están los altos y oscuros cipreses. Otros restos para mí sagrados hay también allí. Tengo sed de doblar ante ellos la rodilla. Es otro gran dolor que he llevado conmigo siempre. Dolor de besos perdidos, de caricias, de cuidados, de consejos y también de lágrimas, todo lejano y mudo como cosas muertas. Allí hay una lápida y unos nombres. Podré detenerme y recoger mi espíritu ante ellos. No es deuda, no es deber. Es amor puro, sed de mi espíritu de otros espíritus que fueron alas protectoras para mí. Mientras que de ti no hay una sola huella en aquel lugar de lápidas, cruces y ángeles blancos, de flores y de cipreses. Cuando yo parta, á

mi vez, quizás no haya labio alguno
que sepa ya pronunciar tu nombre.
¡Y ojalá que si alguien el mío pro-
nuncia te lo deba sólo á tí!





XXVIII

Yo ya he hecho mi viaje por el áspero camino de la vida. Entré en él contigo, y, á los pocos pasos, me abandonaste. Te desvaneciste en la universal quietud, pero también te refugiaste dentro de mí, como una lámpara encendida siempre en la nave de mi espíritu. Nada tuyo se ha perdido en mi memoria. Vas, vienes, te adornas, ries, sufres, te agitas, duermes, esperas. Toda tú estás en mi corazón y en mi pensamiento. Sólo te falta vivir fuera de mí y continuar la guirnalda de tus días amando y esperando siem-

pre. Pero en nuestras manos no está devolver esta doble vida á los seres muertos.

Mi viaje he hecho ya, y no me duele haber vivido. Los hombres todos merecemos más piedad que odio. Todos necesitamos alguna vez la caricia de una alabanza; todos tenemos una hora negra de roedora envidia; todos somos capaces de algún pequeño sacrificio; todos encontramos un poco de complacencia en ensañarnos con el caído; todos tenemos un grano de abnegación y de generosidad; todos ensalzamos una buena cualidad para tener ocasión de hablar de las flaquezas; todos nos amamos mucho á nosotros mismos y tenemos, de vez en cuando, un poco de amor al prójimo. Somos en el bien y en el mal como llamas vacilantes que no encuentran nunca el momento de ascender á la altura en un supremo impulso. Nuestro esfuerzo se deshace en el vacío como la espuma en las playas.

Pero se puede vivir mientras nos



sea posible aislarnos del tumulto de las cosas mezquinas para unirnos á todo lo que es trascendental y eterno. Y en eso trascendental y eterno he vivido yo la mayor parte de mi vida, como fin último de la espiritualidad humana. Por eso yo vierto inagotable piedad para todos y para mí mismo. Son muchas las horas de inconsciencia que paralizan la razón y la voluntad. Como sombras vacilantes hemos atravesado todo este penoso camino de la vida. No hemos hecho más que formular propósitos vanos para un eterno mañana, y la muerte llega. Cuando pensamos en las torturas de nuestra lenta ascensión, nos sentimos todos hermanos, y el odio cae á nuestros pies. En la conciencia de este gran dolor está el supremo bien de la vida.

¡Pero qué bueno es morir joven amando y sufriendo como tú! ¡Quién hubiera podido acompañarte en la hora dulce y triste de tu partida! ¡Amar, admirar, meditar! ¡Si al menos pudiera uno llenarse toda el

alma de estas grandes cosas! Yo ya
he tornado del fatigoso viaje. Ahora
brilla dentro de mí mucho más tu
luz. Estamos de nuevo solos los
dos.

FIN